

662-1-4
4.48

BIAAL

ATILIO M. CHIAPPORI

37

Borderland



BUENOS AIRES

*Arnoldo Moen y Hermano, Editores
Florida, 323.*

1907

**MARIETTA AYERZA
ALFREDO GONZALEZ GARAYO**



INVENTARIADO
PROCEDE

015429
DONACION

A la memoria de mi Madre

Religiosamente.

1.— *William Stead, usando del derecho de prioridad, ha publicado un libro ocultista con el título de este volumen. Sin embargo, el autor lo adopta, simplemente, convencido de que á ninguna tierra, como á ésta de sus personajes, podrá aplicársele con mayor propiedad la designación expresiva de «Borderland», — Tierra de Confín.*

La Interlocutora



Lo fué. durante todo un lánguido otoño, admirable de silencio y de atención. ¿Qué ansia enfermiza impulsábala á lividecer su alma en la angustia de tales relatos? Nunca quiso decirlo. Cuantas veces se lo preguntara sonreía penosamente y los ojos se le llenaban de lágrimas. La tarde en que presintió que estaba á punto de adivinar su secreto, cerráronse para mí también las puertas de «*Las Glicinas*». Desde entonces vive sola en su quinta solariega, sin otro confidente que un suntuoso cuaderno de cantos dorados, donde escribe una historia resignada y triste que jamás verá la luz. Y de la misma manera que en aquella emocionante ficción de Radiana Glanegg,

el Tiempo vela su retiro voluntario con su hoz y su reloj de arena, como en las alegorías.

Alta, fina, singularmente pálida, tenía las manos afiladas y expresivas y el aire pasmado de esos niños trágicos que pasan con ojos atónitos por los cartones de miss Kate Greenaway.

Era la oyente ideal. Ávida de fábulas, su espíritu no destellaba la clarovidencia quimérica de sus hermanas extraterrestres. Morella. Ligeia. pero aquilatábalo, en cambio, sensibilidad tan exquisita, que el sentido de las imágenes abriase para ella con sorpresas de prodigio.

Las tardes crudas refugiábase en aquel salón de reliquia, donde había siempre una partitura olvidada en el historiado facistol y grandes rosas exangües en los floreros antiguos. A «la hora del té humeante y de los libros cerrados», cuando la luz mortecina prestaba matiteces de cutis á las porcelanas de la consola, y el piano ahondaba reflejos de estanque nocturno, y los retratos de los antepasados adquirían esa animación grave de la vida espectral, acodábase sobre una lacia piel blanca, la cara en las manos, para escuchar en esa postura tendida de esfinge que adoptan las girls juiciosas de los Keepsakes.

Otras veces. con las primeras sombras abandonaba el recinto. Aun me parece verla á mi lado con su andar elástico. lleno de gracia ceremoniosa de las gavotas. De vez en cuando, una ráfaga más fría propagaba ligero temblor en la fronda exhausta del jardín. En todas partes — sobre los arbustos de copas perennes, en los bancales contiguos ó. á sus pies. en la conchilla menuda del sendero.—en todas partes caía una lamentable profusión de hojas amarillentas. Deteníase entonces para recoger alguna. y, en seguida, reanudaba la marcha con un suspiro.

Sin embargo, rara fué la tarde en que tales paseos no se interrumpieran de improviso. Con frecuencia. en medio de una escena atribulada. inquietábase repentinamente y decía con su vaga sonrisa ocultadora:

—«Ha refrescado mucho; entremos».

Bajo nuestros pasos, mientras nos alejábamos en medio de los árboles inmóviles. crujía la arena del camino.....

Un Libro Imposible

- Je suis perdu dans le vagabondage
- ne sachant ou retrouver l'unité de ma vie•.

MAURICE BARRÉS.



NECESITO acordarme de nuestros buenos tiempos del «*Salvador*» para creer que todavía llegaré á interesarte. Recién me doy cuenta de cómo he ido anulándome en mi actitud irreparable, cada día más... ¡Ah, si yo no hubiese tenido orgullos ¡qué otro fuera mi destino! A ninguno, ni á tí, quise quejarme de la influencia maligna que fracasara mis mejores propósitos, que me llevara hasta el crimen. Comprendo que he pecado contra la amistad. Pero ahora sufro perdidamente. ¿A quien recurrir, sino al que puede comprenderlo todo, al que puede perdonarlo todo? Ven hoy mismo. Iré á esperarte á Luján».

Aqnella carta de Augusto Caro llegábame, Señor-

ra, después de seis años de indescifrable silencio. Desde el día en que embarcara para Europa, ni su familia ni sus amigos, nadie volvió á saber de él. Inquirióse, más tarde, que interrumpiera el viaje en Tenerife, pero allí se perdía el rastro.

Con Emilio Flores y Pablo Beraud — el corrillo subversivo del colegio — emprendimos una verdadera pesquisa internacional. Manteníamos con Irene, á la sazón en Paris, una correspondencia asídua, donde la fuga de Augusto era el único afán y la eterna congoja. Todavía conservo las cartas de la pálida hermana, unidas de amor fraternal y de tristeza infinita.

¡Ah, desde niña, Irene fué una santa! Recuerdo que al finalizar nuestro bachillerato, una grave afección á la vista impidióle á Augusto la más corta lectura, y aquel muchacho, á la idea de truncar quizá para siempre sus estudios, cayó en un abatimiento inquietante. Entonces ella salvó su porvenir imponiéndose la carga, enorme para sus quince años, de prepararle sus exámenes de alumno libre. Con una voluntad de madre, sin desfallecimientos, sin impacencias, amorosamente, una vez cumplidos sus deberes del «Sacré-Cœur», leía-le y explicábale las lecciones hasta que el her-

mano las repetía de memoria. ¡Pensar en esa obscura heroicidad de cada día. en dos largos años. sacrificando al lado del enfermo todas las distracciones. todos los gustos—el paseo á Palermo. las visitas de la amiga. los días de sol,—para sumirse en la aridez de las cosmografías. las filosofías y las químicas! ¿Verdad que dan ganas de ponerse de rodillas?

Ella sola, con desesperada pertinacia, requería nuevas de los consulados y agencias marítimas. El padre. don Leopoldo. olvidábase á menudo en la sensualidad turbulenta del boulevard. Viejo alegre que. á los sesenta años florecía aun su smoking y amaneciase, noche á noche, cenando con una descotada como en las viñetas libertinas de los menus. Digno hijo de aquel don Epifanio Caro, bebedor formidable y mujeriego. famoso en retruécanos y farsas. quien en trance de muerte y cuando los suyos esperaban una palabra contrita, observó gravemente que el jaquet del médico parecía cortado con podadera.

Alguna razón tenía Augusto al decir que acaso no hay hombre que no lllore por culpa de sus padres.

Nuestras diligencias fueron vanas. Al cabo de año desesperamos de dar con su paradero. ¿Que pensar de aquel espíritu romanesco y atribulado, sino que sucumbiera en la ruta de algún viaje fabuloso por comarcas incógnitas?

Pobre alma enferma de paradoja! La destemplanza originaria del linaje, transmutárase en él, por retroceso de inaptitud orgánica, en instintiva ansia de perfección. Quería recuperar en la contención la plenitud emotiva dilapidada por sus genitores. Para lograrlo, obstinábase en adaptarse á la vida natural simplificando sus deseos y conteniendo sus pasiones. Pero como hubiese perdido el tesoro de ser ingenuo, sólo consiguió crearse un tremendo conflicto de alma. Había que ver aquella lucha cotidiana entre los sobresaltos de su hiperestesia y la moderatriz vigilancia de la voluntad. Sacrificio inútil que no llegó á tranquilizar sus días, ni lo salvó siquiera de que lo

agraciasen con el prestigio satanista de la familia. Un año de aventuras, á las que se entregara á fin de aturdirse y olvidarse de sí mismo, bastó para rotularlo de calavera. Sin embargo, acaso no haya existido otro á quien inhibiesen mayores incompatibilidades para un rol donjuanesco. Tenía el vino triste, escrupuloso, susceptible, y su voluptuosidad torturada era la exclusiva y conyugal de los sentimentales. *La Bonne Chanson* fuera algo así como su florilegio afectivo. Soñaba con una amiga quimérica, que hubiese hecho cosas extraordinarias ó sufrido rigurosas vicisitudes, con quien retirarse á cualquier quinta lejana en una vida de entusiasmos de arte y de felicidades domésticas. El tipo de la estudiante rusa que va sola por el mundo entre infinitos peligros, «armada de pies á cabeza de su virginidad,» obsédiale constantemente. «Esas mujeres nómades — decía á menudo — por la misma ausencia de afectos que las aísla, cuando llegan á amar deben ser suaves y consoladoras como hermanas. Yo tengo por ellas un cariño genérico que es también una de mis tristezas inexplicables». Pero la suerte siempre fué aciaga para ese pobre amigo. Cuando creyó realizar su fábula romántica, el

libertinaje subrepticio de cierta proscrita casi le cuesta la vida.

Ese mismo afán de probidad obstó á que con un gran talento llegase á destacarse siquiera como un *raro*—credencial tan espectable en la vida literaria. Había publicado una serie de artículos—lo más que pueda hacerse honradamente á los veinte años—pero, repudiando las actitudes de plataforma que ayudan á salir de la obscuridad, pasó casi desapercibido en esa nulidad *a priori* de las firmas nuevas. Toda exhibición antojábasele histrionismo; toda táctica, extratagema; toda habilidad, viveza de mala ley. Y esto sin imbecilidades de genio ignorado sino, sencillamente, por categórica imposibilidad moral. Luego era un silencioso. Escondido en su existencia interior, no conformándose al juego de las opiniones hechas y los juicios aprendidos de memoria, ni al floreo de mesa redonda, quedábase la más de las veces callado en una modestia altanera y, en casos, hiriente. Poco familiar en un país donde se sube por camaradería, alejábanle cualquier padrinazgo deplorables desmaña y parquedad social. Carecía, como se ve, de los atributos más evidentes del talento.

Para triunfar, sólo, faltábanle. á más de la envidia que impide á la ambición permanecer extática. dos aptitudes indispensables en toda fórmula de acción: audacia activa y gesto púgil. La sociedad. como ciertas mujeres. no tiene fidelidades sino para el que sabe ser atrevido ó violento con ella. Era natural. pués. que en tales condiciones. su bagaje de ideas nuevas y osadas fuese más bién una piedra atada al cuello que un flotador suntuoso. Así lo vimos hundirse. día á día, envuelto en su recóndito orgullo como en una bandera.

Mientras el mundo sea mundo, siempre existirán caballeros andantes, Señora.

Aquella increíble misiva, más que conjeturas. desató en mi memoria un vuelo de recuerdos nostálgicos. Venía fechada en «Villa Engaddi» — viñedo estéril que don Leopoldo transformara en quinta veraniega. Aun me parece ver el caserón antiguo. residencia de mis vacaciones infantiles. con su huerto familiar circuido de una pérgola sombría. y su jardín olvidado. donde los rosales tenían ra-

mas cárdenas y los caracoles negruzcos lustraban la humedad de los arrayanes. Recuerdo que en aquella época lejana, las glicinas habían trepado hasta el balcón del mirador, donde la caza al reclamo amparaba con un velo de ingenuidad rústica nuestras primeras lecturas furtivas. Y recuerdo también que un día, en la glorieta, pálido de insomnios, le recité á Irene estupefacta mi primer verso... Cuanta inocencia, Señora! Pero esas cosas hacen mal cuando revienen en el tiempo.

Quedábanme pocos minutos para alcanzar el tren y me puse en camino con el alma anegada en reminiscencias.

Cuando partió el convoy ya caía la tarde. Estábamos á fines de agosto y la temperatura era demasiado elevada para la estación. Uno de esos días húmedos y claros, en los que un preguisto vernal agrava, por contraste, las apariencias consuntas del invierno. Tardes primaverales que descenden sobre la extenuación de las praderas lo mismo que las sonrisas en los labios de una enferma! Bajo el cielo impasible, en el aire que

la luz matizaba con suavidad desesperante, las ramas exhaustas lucían un reflejo dorado como una vanidad funeraria. Y ese esplendor ficticio, suscitando la idea de algún hechizo cósmico cuya virtualidad nociva traicionaran las nubes presagiosas y las rachas gélidas que, de tiempo en tiempo, atarían aquella tibieza como un calofrío, embargaba el ánimo con angustia imprecisa. Sin embargo, la decoración crepuscular fué de maravilla. A medida que el horizonte lividecía, un último rayo de sol coloreó las nubes con gradaciones tan vivas—del sinabrio al violeta y del rosa al verdemalva—que esas nubes fantásticas, en vez de recibir luz parecía irradiarla propia, de encantamiento, de magnificencia nunca imaginada. Pero el milagro desvaneciose muy pronto. Repentinamente cerró la noche con viento frío y, casi en seguida, una lluvia silenciosa y fina empañó los cristales de las ventanillas. Cuando llegamos á Luján el temporal era desecho.

—No me preguntes nada, después te diré—surróme Augusto al oído en el largo abrazo fraternal.

A su lado, apretándose contra él, hallábase una criatura de quien sólo distinguía, en aquella obscuridad, el rostro lívido y los ojos brillantes. Me incliné á besarlo, pero retrocedió huraño y detuvo mi gesto con su manecita.

—Este niño tiene frío...—balbucí aturdidamente para disimular el extraño suceso.

—¿Que hacer? No quiere separarse ni un segundo de mí. Para que no llorase he tenido que traerle con este tiempo...

Rebozóle aún más en la esclavina de pieles que lo envolvía y, tomándole en brazos, púsose en marcha hacia las oficinas.

—Ahora aguardemos á que escampe un poco.

Con gran dificultad logramos abrírnos paso en el apiñado andén. Como nunca, experimenté entonces esa impresión de inquietud indefinible de los arribos nocturnos. Verdad es que el aspecto trágico de las estaciones de campaña á tales horas, complicábase aquella noche con una concu-

rrencia á la chamberga, donde la precaria luz de petróleo destacaba únicamente las cabezas, silenciosas y foscas, sobre un remolino de ponchos humeantes que el aguacero impelía hacia el tinglado.

El despacho del Jefe estaba desierto. Sobre la mesa principal, impidiendo que el viento volase un número de «*Mimi*», había una copa servida de ajeno; y en la del escribiente brillaba aún la tinta fresca de una planilla de guarismos recién abandonada.

Al entrar, oímos en la habitación contigua una fuga de pasos amortiguados y, poco después, presentóse un muchacho lampiño, pálido como un muerto. Entre tanto, por la puerta entornada vióse desaparecer en la obscuridad un flotante peinador.

—Buenas noches, Giménez ¿Y el Jefe?

—En el andén,... por ahí... ¿no lo han visto?

—¿Podemos esperar en la salita?

—Como no! Pasen.

Y, haciéndose á un lado para anunciarnos, aquel precoz personaje de peligrosos decamerones puso en el aplomo de sus diez y seis años toda la ingenuidad de una colegiala.

—Señora...

La señora apareció al momento trayendo una lámpara que depuso en la estufa. Saludó á Augusto con serena desenvoltura; pero, al inclinarse á besar al niño, el peinador desabrochado se combó en el seno dejando espacio como para una mano.

—He querido verte — dijo Augusto cuando quedamos solos—por algo muy grave...

—Tal insinuaba tu carta.

—Pero de eso hablaremos luego. Antes es menester que te explique mi silencio y la existencia de Mario—concluyó, señalando al niño con un gesto.

Mario se había acurrucado en el sofá para no ver los continuos relámpagos que fosforeaban en la ventana. Tenía una cabecita rubia dolorosamente bella, realzada de misterio por la atención fatídica de los ojos y el silencio medroso de los labios lineares. Y en todo él, desde la actitud

precavida hasta la transparencia femenina de la tez, se denunciaba esa sensibilidad sobresaltada de los seres taciturnos y buenos que vienen al mundo para ser muy desgraciados.

—¿Para qué remover recuerdos quizá dolorosos?—repuse. Hablaremos otro día...

—No, no: es necesario que lo sepas hoy.

Y mirándome fijo, añadió con lentitud:

—Quien sabe si podremos hablar otro día.

Cuanto había cambiado! Desde mi llegada no me cansaba de contemplarlo. Sus veinte y seis años parecían cuarenta. Conservaba aún el porte erguido, pero una máscara angustiada sombreaba de inquietudes sus rasgos juveniles. Había enflaquecido de manera increíble, y estaba tan débil que, al hablar, oscilábale la cabeza visiblemente. Los ojos, sobre todo, atemorizaban. Agitábanlos moviéndose extrañas, y en las pupilas enormes la fiebre latía en alucinaciones.

—¿De qué hablaba?

Vacilé un instante, mas era imposible rehuir la respuesta:

—Hablabas de tí.

—Ah! es cierto: como cuando estoy solo.

A ese punto, Mario, todo azorado, precipitose en sus brazos:

—Papá, vámonos.

—¿No ves que llueve todavía?

—Vámonos, vámonos!

—¿Qué hay? ¿Porqué tiemblas? ¿Tienes frío?

—No.

—Entonces?

—Ahí está.

—¿Quién?

—Pablo Lasca—musitó el pobrecito en un sollozo.

—¿Quién es Pablo Lasca? —pregunté levantándome.

—Ese que ves allí, junto á la ventana.

Y en voz más baja:

—Cierra los postigos. Mario es muy impresionable y Rosina le llena la cabeza de historias que no deben contarse á los niños.

Verdaderamente, el aspecto de aquel hombre era como para inspirar recelo. Enclenque y bajo, tenía en sus gestos esa movilidad convulsiva de los poseídos. Nadie hubiera podido precisar su edad. No obstante las estrias profundas de las arrugas y el cabello gris, su rostro imberbe, albarazado, ostentaba en los ojos pequeños y agudos un reflejo de juventud siniestra. Jurara cono-

cerle de antemano. Recordaba confusamente aquel rostro como en esa lejanía imprecisa de las imágenes infantiles.

—Tiene una facha!—dije.

—Verdad ¿eh?—confirmó Augusto.

Y después de una pausa.

—¿Para que negarlo? Su presencia me hace mal á mi también... De todas maneras, hay cosas que no deben contarse á las criaturas...

—¿Cuáles?

—Es una leyenda sombría—murmuró dejando á Mario de nuevo en el sofá.—Aseguran que el hombre está dotado de una potencia nociva...

—Todo un señor brujo, entonces—dije sonriendo. no tanto por la credulidad de Augusto, cuanto para reaccionar de una impresión indefinible que comenzaba á invadirme.

—¿Porqué sonreír? Haces mal. ¿Qué sabemos nosotros? Claro está que no creo, como el vulgo, que si muere un niño en el vecindario es que Pablo Lasca lo mirara con «ojos secos»; y si se incendia un campo, porque Pablo Lasca pasó por allí al obscurecer. Comprendes que eso y preparar bebedizos y vender contrahierbas, sería un diabolismo demasiado de feria para preocupar-

me... Hay algo más, que me aterra siempre que Rosina lo repite. También esa vieja tiene una manera de ensombrecer las palabras!

Figúrate que ha tenido tres mujeres, y las tres no alcanzaron á vivir medio año. Las tres murieron, repentinamente, en noches de tormenta... Puedes pensar lo que quieras; pero el hecho es cierto, estrictamente cierto, tanto que, la última vez, se ordenó su prisión seguida, como es natural, de libertad inmediata. Los médicos comprobaron en la auptosia un síncope cardiaco. Con todo, convendrás en que son muchas coincidencias...

—¿No dice la leyenda de qué manera las hacía morir?

—Llegada la noche propicia, despertaba á obscuras á la víctima en lo más recio de la tempestad. La infeliz recordábase atada á la cama, con los brazos en cruz. Entonces, sin decir una palabra, diabólicamente, á lo largo del cuerpo desnudo, desde las axilas abiertas á la curva sobresaltada de los flancos, sus dedos ágiles y retráctiles, rozando á penas la piel con pases lentos, casi sin contacto, extendían como un cilicio invisible una desesperante red espasmódica de los talones á la nuca. Al principio, la sorpresa, el

miedo. contenían á la pobre. Pero á medida que los dedos se deslizaban más convulsos, errumpía en una carcajada incoercible que el viento ahogaba en la noche, junto con las súplicas y los sollozos. Y así, exasperando á cada minuto la tortura, ensañándose en las regiones más sensibles, hacíala reír horas y horas en la obscuridad, sin tregua, sin perdón, hasta verla arquearse toda, el seno erecto, las venas del cuello gruesas como cuerdas, la cara azul y los ojos propulsados llenos de lágrimas... ¿Se puede morir así?

No contesté. Y como en ese momento escampara, abrí en silencio la ventana para no ver el rostro de Augusto. Afuera no había un alma. Nada más que el viento ululando en los eucaliptus, y las dos pupilas rojas del semáforo, allá lejos, impasibles y fijas en la lóbreguez. Salimos.

Ya en el break, volvió á preocuparme aquella semejanza de Pablo Lasca con la imagen confusa de mi memoria, y no pude resistir al deseo de cerciorarme:

—¿Desde cuando está aquí ese hombre?

—No se sabe...

—.....

—Que quieres! Viéndolo venir todos los días, á las mismas horas, por el mismo camino, siempre igual, da más la impresión de un fenómeno que de una existencia.

—Augusto!

—Créeme; esos ojos no parecen temporarios.

Callamos. Y mientras el breack seguía pesadamente la huella hacia un lejano retumbar de truenos, aquel parecido indeciso revelóseme de pronto Señora, con la nitidez de un calco. Ví entonces, en inenarrable sorpresa, que el rostro de Pablo Lasca era el mismo de aquel mago de «*L' Incantation*» de Rops que, en su laboratorio de ambigüas alquimias, reencarna desnuda á la castellana esquiva de sus deseos con solo leer, frente á su retrato, los ensalmos de un enorme Compendium Malæficarum, pomposo é historiado como un santoral.

Cuando llegamos á la quinta caía una llovizna tan densa que el viento la ondulaba como á una gasa húmeda. Tomé en brazos á Mario aterido, y entramos por el camino de granza bordeado de viejos arrayanes en cuyo extremo blanqueaba la escalinata colonial. Rosina que nos esperaba al pié de ella procedíonos con su linterna temblona á través del vestibulo; y al paso de la luz parpadeante, los muebles de mimbre parecían agitarse en una vida espectral y silenciosa.

En el comedor ya estaba tendida la mesa y un buen fuego poblaba el recinto de alegres reflejos familiares. Salió la criada llevándose á Mario, y nosotros acercamos las sillas á la chimenea. Hizose un silencio lleno de esperas. En la ventana, de tiempo en tiempo, las ráfagas sacudían los retoños de glicina con murmullo medroso; y en el piso alto alguna puerta entreabierta batía acompasada y sordamente.

—¿Cuanto tiempo has pasado sin noticias mías?

—Más de séis años.

—Eso es: la edad de Mario.

Y moviendo la cabeza con gesto de desaliento:

—¿Porqué no te escribí? Ah! no es fácil decirlo en dos palabras... Ha sido tan irreal mi aventura que es menester seguirla en detalle, episodio por episodio... De otro modo resulta ilógica y fabulosa.

E, interrumpiéndose, quedóse absorto en la contemplación de sus manos apoyadas sobre las rodillas, cuya lividez bordeaba el fuego en las extremidades con vagas transparencias violáceas.

—¿Quien iba á pensar—reanudó entornando los párpados—que al descender en Tenerife por algunas horas, realizaría allí el sueño más resplandeciente y triste que pueda vivirse sobre la tierra? Tú sabes que propósitos llevábanme á Europa. De haber tenido fuerzas para coronarla, la obra imaginada habría expandido mi nombre en todo el mundo... ¿No crées?

—Sí, si.

Yo á penas conocía la idea preliminar por truncas referencias de otro tiempo. La quimérica obra maestra de los veinte años, que jamás llega á escribirse.

—Como me alentaba entonces la esperanza! Ah! la fé!—prosiguió presa de una exaltación inquietante.—La fé! El secreto del triunfo está allí. Ambicionar con fé, crear con fé; apasionarse en la contemplación de las cosas y de los seres, encontrar el ideal en todas partes y amarlo perdidamente!

Volvió á callarse, y esta vez la pausa fué opresora. Por minutos, evidenciábaseme el estado de Augusto. Esa falta de afectuosidad en quien fuera el más cariñoso de los amigos, recibíendome después de años como si nos hubiésemos separado el día antes; ese debilitamiento de la atención, esa veleidad de ideas y las repetidas pérdidas de memoria, eran signos suficientes para alarmarme. Ansié entonces que alguien llegara á fin de interrumpir un coloquio ya insostenible. Por fortuna, en ese momento entró Rosina conduciendo á Mario á quien sentó cautelosamente á la mesa. Después llegose hasta la chimenea, sobre la que puso una bandeja de plata donde crepitaban, entre brazas, algunas hojas secas y negruzcas. Elevose una tenue espiral de humo azulado y, en seguida, diluyóse en el aire un vago olor medicinal.

Augusto que seguía estupefacto sus movimientos, preguntó:

—¿Qué es?

—Laurel bendito, Señor.

--Ya le dije que usted no debía repetirlo.

—Sin embargo en tiempo de la Señora...

—Precisamente, por eso! Llévese la bandeja!

Rosina salió murmurando, y mientras nos sentábamos á la mesa añadió Augusto con aire misterioso:

—No le consiento estas prácticas porque, hechas por ella, no tienen ninguna virtud. No es el acto lo que vale ¿comprendes?. Hay que creer y hay que merecerlo. Y me irrita que recurra á las cosas preternaturales como quien utiliza un remedio... En tiempo de la Señora... Figúrate! En tiempo de la Señora! Atreverse á pensar en Ella!

—Debes disculparla—intervine-- siempre fué buena y servicial. Después, ¡es tan vieja!

Yo sentía por aquella anciana, bondadosa y rezongona, un enternecimiento casi infantil, al que no era extraña esa sugestión de los recuerdos que ella historiara antaño con sus relatos sombríos del tiempo de Rosas y sus leyendas de duendes gauchescos. Ya en aquel entonces tenía ese aspecto

apergaminado y cierta jerarquía de abuela postiza en mérito á su ex-rol de camarera de la madre de Augusto. Estaba en *Engaddi* desde muy jóven; allí se había casado y allí terminaría su vida. que apesadumbraran una larga viudez llena de sobresaltos y las calaveradas de su hijo Carlitos, el cochero de la quinta, quien, á todas vistas. abusaba de la impunidad consiguiente á haber sido hermano de vacuna y compañero de juegos del *niño*. Parecía tan vieja porque había trabajado mucho y, sobre todo. sufrido mucho. Trabajos y desgracias que achacaba al designio oculto de potencias maléficas. eterno ciclo de sus escasos y sumarios raciocinios. Tan segura estaba de que Dios consentía cierta intromisión diabólica en su malandanza, que practicaba un rito incongruente alternando misas con ensalmos y confesiones con santiguaderas. Así iba con la misma unción á los misterios sagrados, á fin de asegurar su humilde puesto en el cielo, que á las manosantas y adivinas para arredrar al demonio con sus propias armas, preservándose de posibles aijos y hechizos. Y en su actitud, en el tono de la voz, en sus miradas, hasta en sus más superficiales gestos, descubriase el recelo constante á lo que no se ve y que amenaza.

Un sollozo subitáneo hizonos volver hacia Mario. El pobrecito apretábase los labios con la servilleta para contener su congoja, y en sus grandes ojos alucinados había un velo de lágrimas.

—¿Porqué lloras?—preguntó Augusto abatidamente.—Los niños buenos no lloran cuando hay visitas...

—Y ¿si caen rayos?—suspiró—yo tengo miedo, mucho miedo papá!

—No m' hijo! nunca caen rayos. Ven, siéntate á mi lado... Así. Bueno, ya no tendrás miedo ¿Verdad que ya no tendrás miedo?

—No, papá.

Y en el propio momento, un trueno formidable sacudió el edificio hasta en sus cimientos. Mario lanzó un grito y se prendió desesperadamente al cuello de su padre, hasta que el fragor se perdió en un rolido lejano. Entonces, rompiendo en llanto, comenzó á repetir con monotonía desgarradora:

—No ves, papá! no ves, papá!

Augusto consiguió calmarle, al fin, á fuerza de besos y de buenas palabras. Durante el resto de la comida, que fué triste y precipitada, no volvió á

quejarse; pero. cada vez que arriba golpeaba aquella puerta entreabierta, sus pupilas posábanse en mí con tal desconsuelo que me hacían un daño indecible. A los postres durmióse con un gran suspiro y Rosina subió á acostarlo.

Afuera el viento seguía aullando en los eucaliptus. De tiempo en tiempo, huracanadas mangas de lluvia venían á azotar la glicina de la ventana; y la obscuridad era tan densa que parecía filtrarse, como un fluido, á través de los cristales y empañar un poco la luz amarillenta del interior. Como Rosina dejara apagar la chimenea, un frío malsano invadió el aposento y Augusto paseábase agitadísimo en aquel silencio en que la inminencia de la revelación postergada flotaba como una angustia. Y allá arriba, intermitentemente, eternamente, aquella puerta entreabierta que batía su compás sordo!

Yo buscaba, en tanto, entre los recuerdos co-

munes, un sucedido que me permitiese reanudar la conversación sin peligro de agravar sus preocupaciones. Mas todos agolpábanse en mi memoria de tal manera vinculados á la tribulación de esa vida, que aun los más familiares hubiesen provocado la escena que trataba de alejar. De pronto Augusto se detuvo y preguntó sin mirarme:

—¿Tienes noticias de casa?

—Sí.

—¿Siempre en Europa?

—Siempre en París...

—Sólo por los diarios, muy de tarde en tarde, he sabido de ellos...

—¿Porqué no escribías?—aventuré á decirle.

—Ya sé, ya sé lo que vas á reprocharme. Mil veces me lo he increpado yo mismo! Pero ¡por favor! por favor! ahora no. ¿Ves como estoy enfermo? ¿no ves?

Hechóse en el sofá y rompió á llorar tan amargamente que me acerqué sobrecogido:

—Y ¿que ganas con desesperarte? Cálmate. Nunca es tarde. Todos están buenos. La única tristeza era tu desaparición. Cuando sepan que te hallas aquí, volverán á la paz de otro tiempo ¿Recuerdas?

—Si, si.

Quedóse largo rato sollozando en mis brazos como un niño, y luego murmuró, entrecortadamente:

—Pensar en todo el mal que les he causado queriéndolos tanto! Pero ¿habrían ellos aceptado á la madre de Mario? ¿Cómo hacerles comprender que no se trataba de una aventurera? Siempre la hubiesen mirado como á la enemiga. Luego necesitaba aislarme, vivir en el silencio, en la mayor soledad... ¿Tenía el derecho de exigirles, en gaje de mi obra, el sacrificio de sus costumbres, de su cariño, de su moral? Preferí desaparecer momentáneamente. Después las cosas pasaron de otra manera. Sobrevino aquel día terrible... Ya no supe lo que hacía... Sin embargo, nunca mi exclusión fué absoluta. Cuando se ama como yo los amo, se está siempre ligado por las presencias virtuales...

Yo temblaba á la idea de que me obligara á precisar mis referencias y tener que confiarle la muerte de su madre.

—A propósito, dime: ¿alguna vez me creyeron muerto?

Vacilé. Años hacía que la pálida Irene llevaba

luto por él, y la pobre doña Rosario había dejado este mundo en esa creencia.

—Dímelo, dímelo llanamente; no temas afligirme.

—Pero si te desesperas á cada palabra!

—No, ya verás que no. En adelante seré fuerte. Tenía tantas ganas de llorar! No es lo mismo llorar solo... ¿comprendes?

—Como todos, llegaron á pensarlo, pero jamás perdieron la esperanza de encontrarte un día...

Abatió la cabeza y permaneció un instante con la mirada fija en los tizones que se afelpaban de una capa gris en la sombra del rescoldo. Luego con voz cansada, repitió:

—La esperanza, la esperanza, la esperanza!

—Te juro...

—No, no!—replicóme—Debieron tener la seguridad de que vivía! ¿Para que estaban sus corazones sinó para presentirlo? Oh! que cosa horrible! Muerto, es decir: ¡olvidado! Y yo que sé que cuando estoy triste es porque Irene sufre ó está enferma! Mamá... Espera: tú me ocultas una cosa...

—¿Cuál?

—La muerte de mamá.

—Augusto!

—No, si lo sé; pero quiero que me lo digas.

—Es cierto!

—Bueno, añadió con aire exaltado y mirándome de manera estraviada — escucha, para que veas que cuando se ama intensamente esas cosas se saben. Lo supe en el propio momento. Fué en una madrugada. El 12 de Octubre hará cuatro años. Estaba solo en el Mirador, trabajando, y de pronto siento un hálito que me roza la frente. Levanto la cabeza y veo á mamá que se iba, que se iba después besarme! En ese mismo segundo, Mario, que tenía dos años, se puso á llorar desgarradoramente en su cuna. Corrí á su lado y, en sus cortas frases el pobrecito me dijo que una señora lo había besado. Todavía ahora es uno de sus temores nocturnos. Pobrecito! Qué noche Dios mío! que noche! Si á lo menos hubiese estado Anna María...

—Anna María?—interrumpí.

—Sí, la madre de Mario... Pero ven, subamos al Mirador. ¡Que frío hace aquí!

Fué á cerrar los postigos y se detuvo temblando.

—¿Qué hay?

—No sé, afuera ocurre algo...

Yo sentí una onda gélida correrme en la médula y me acerque á mirar. No se hubiera podido decir lo que pasaba afuera. En realidad no había ningún signo visible. Pero había algo. Aquel silencio repentino, aquella repentina inmovilidad de los árboles y del viento en medio del temporal, hacían pensar en esos momentos de estupor ambiente que preceden al de las puertas que se abren solas.

—No hay nada—dije con una sonrisa mortal—
¿qué quieres que haya?

—Es extraño: ya van dos noches que acontece lo mismo.

—Qué acontece ¿qué?

—No, nada... Pero ven, subamos.

En lugar del pintoresco mirador de antaño, encontré una suntuosa cámara rectangular que ocupaba todo el frente del primer piso, con dos puertas á la solana y ventanales en ambos lados.

La decoración, al estilo de las de Burne-Jones, era sencilla y, á la vez, fantástica. Tanto en la ornamentación como en el mobiliario combinábanse dos colores únicos. Las paredes tapizadas de moiré blanco no ostentaban otro adorno que una franja violeta al nivel de la corniza, sobre cuyo fondo, entrecruzándose por los tallos, destacábanse de trecho en trecho dos palmas blancas. El mismo dibujo matizaba la alfombra; y del florón del cielo raso blanco pendía una alba lámpara sostenida por una cadena de acero pavonado. En la parte del este, había una amplia mesa de fresno cubierta de libros y papeles. En el centro, en el espacio comprendido entre las dos puertas, una chimenea esculpida en mármol blanco. A cada lado etagéres de fresno sostenían vasos de porcelana con violetas y fresias. En los estantes, libros primorosamente encuadernados. En el otro extremo, casi en penumbra, distinguíase un piano de cola, algunos mueblecitos muy bajos; y en el ángulo contiguo un camarín de reposo, formado por colgaduras violetas, en cuyo dosel entrecruzábanse también dos palmas blancas como un augurio de paz.

Alejóse Augusto un momento para ver si Ma-

rio dormía tranquilo y, comencé á recorrer aquella extraña habitación que tenía algo de gabinete de estudio y algo de tocador, y en cuyo ambiente flotaba ese recogimiento solemne y dulce de los santuarios. En la minúscula biblioteca contenida en las etageres, había una veintena de obras literarias y científicas cuya afinidad de selección explicábanme, mejor que todas mis conjeturas, el estado de ánimo del pobre amigo. Hoffmann, Poe, Baudelaire, Walter Pater, Jules Bois, D' Annunzio, Mæterlinck, Verlaine, Samain, Sar Peladan, en la de la izquierda; y en la otra: Le Dantec, Ribot, Magnan, Berheim, Crookes, Kardec, De Rochas, Pregalmini, Papus, Sage, Kraft-Ebing, etc. En la primera inspección no había reparado en una leyenda que ostentaba el estante superior. Me acerqué y pude leer en minúsculas letras góticas esta sentencia terrible:

*«Unque vai, unque ti volti,
«il camino è disperato».*

LA FIGLIA DI JORIO: ATT. III-II.

En esto entró Augusto pálido como un muerto. A medida que avanzaba oscilábale la cabeza de de manera que daba lástima, y tenía las manos

caídas á lo largo del cuerpo como un hombre que ya no puede más.

—¿Qué ocurre?—pregunté alarmado.

—Un horror! Figúrate que voy á ver si Mario duerme y me lo encuentro en la obscuridad, sentado en su camita, sollozando en silencio! La mariposa se ha apagado y el pobrecito dice que alguien la sopló. Que él ha visto!

—Debes cuidar á esa criatura. Semejaantes alucinaciones no son nada bueno...

—Alucinaciones, alucinaciones... ¿Qué sabemos?

—Pero Augusto!

—Explicame entonces porque no he podido encender la mariposa de nuevo! En fin, no hablemos. Ahora tiene una lámpara y lo he dejado casi dormido.

—Anna Maria, Anna Maria! Ah! si ella estuviese aquí, á mi lado, como lo estaba antes! En vez de este desastre, mi vida fuera un Paraíso.

Pero su presencia de ahora es mi mayor castigo. Es la eterna y muda increpación de mi culpa; es mi propio remordimiento siempre en acecho!

La exaltación de Augusto presagiaba extremos de un desenlace inquietante. Ya era inútil mi propósito de desviar aquel coloquio de su idea fija. Veíalo presa de las fuerzas misteriosas que su mente atribulada desencadenara sobre su vida, y que en ese relato, cien veces interrumpido, la misma vaguedad de sus alusiones determinaban en toda su flagrante morbilidad. A medida que penetraba en sus recuerdos, yo iba convirtiéndome en un personaje impersonal, en un personaje-testimonio, y sólo advertía mi presencia durante las repentinas fugas de memoria, siendo entonces una *ocasión* para reanudar el hilo de su relato divagante é imposible. Pero en el resto del tiempo, Augusto me hablaba como si estuviera solo.

—Por mi culpa, por mi culpa no más, la he perdido! De no ser un loco, de no haberla profanado, la tendría aún, como antes, corporizada. Yo debí pasarme la vida de rodillas, adorándola. En cambio la envolví en mi destino, en mi destino que—tú lo sabes—no es más que una fuerza de

disgregación. Diseminé su alma á los cuatro vientos. presté su cuerpo á todas las existencias virtuales que nos rodean, y como esa alma y ese cuerpo á penas estaban ligados por un error de la naturaleza. mi audacia. impelida por una voluntad siniestra. fué la mano que rompió aquel vínculo tan débil.

Sí; solo un error de la fatalidad pudo condenar á Anna María á la existencia! Ser de excepción. todo era extraordinario en Ella. Cuerpo y alma. Con la belleza heróica que florece en las vidas cortas poseía la excelsitud de espíritu de las elegidas. Y era ese contraste de la envoltura voluptuosa de las formas y las significaciones ideales de la mirada. el que infundía la estupefacción de que uno era presa al solo verla. A la edad en que las demás mujeres maduran turgencias de matronas, conservábase esbelta y flexible. con un vago aire de adolescencia, en la plenitud formal de sus cuarenta años. De articulaciones finas, parecía aún más alta por la sencilla magestad con que erguía el cuello; y satinábala esa piel imperial para la que se idearon la batista friolenta y los encajes labrados. Sin embargo, aun completamente desnuda, bastábale pa-

ra velar la magnificencia sensual de su cuerpo, el simple recato de su distinción suprema. Mas donde se sublimaba su naturaleza de ensueño era en las nostalgias de los ojos y en la perfección de las manos. Bajo las abundosas crenchas de ébano que dolores irreales purificaran, como una luz sobre la frente, con una guedeja blanca; en el rostro serenado en tonos de marfiles viejos, las pupilas de terciopelo pardo dorábanse en el fondo con destellos de quien sabe que suntuosidades extraterrestres... Y las manos.—Oh! sus manos unguadas de misterio—tenían la palidez seráfica, la finura alargada, la movilidad expresiva y, sobre todo, ese efluvio sensible por el cual el Príncipe de las Imágenes calificara á otras, que debieron parecerle en algo, de raíces del alma!

Y mientras hiciera este retrato quimérico de la que fué su amiga, desapareció del rostro de Augusto la expresión de angustia que lo lacera-
ba. Un resplandor de gloria iluminó su fisonomía, y su voz temblorosa velose con el tono férvido de las imploraciones. Durante todo el tiempo mantuvo los ojos fijos en el camarín de descanso, como si entre los pliegues de las colgaduras violetas viese surgir á su pálida adorada. Cuando

calló. quedóse absorto. extático, en esa contemplación alucinante. Y era tal la potencia patética de sus palabras, tal la ansiedad de su actitud, que por un segundo creí en un posible milagro de encarnación. En ese silencio aun latente de sus evocaciones, sentíase como un influjo del más allá. al punto de mantenerme suspenso, expectante, mirando pasmado aquel rincón de la cámara fantástica, como si yo también esperase algo. Y en la insistencia de aquella atención involuntaria. fui distinguiendo poco á poco, en el terciopelo violeta del lecho de descanso. una forma blanca. sin contornos precisos. muy blanca é indecisa. como la estela de un rayo lunar. Un sobresalto subitáneo aterió mi piel. No pude soportar la tensión de ese minuto y me levanté para cerciorarme.

—¿Que vas á hacer?—díjome es voz baja, sobrecogida, conteniéndome por un brazo—¿Donde vas?

No hallé que contestar. Volví á mi asiento y sin decir palabra, sacudido por continuos calofríos, me quedé mirando el camarín.

—No—añadió con triste sonrisa—te equivocas. No hay nadie todavía... porque estás tú aquí. No

hay nada más que su túnica de encajes. Parece agitarse porque es muy fina, es como una espuma de seda, como una llama blanca; fué labrada por sus manos desde el cuello á la orla... Es la que usaba durante sus encarnaciones, la que tenía puesto en el momento terrible que te contaré.

Callóse de nuevo y, después de una pausa mortal, imploró lastimeramente:

—No te enojés! Escucha: eres mi amigo, casi mi hermano, y quiero contarte todo. todo, todo! Pero no me pidas que te deje aproximar á esa reliquia... Se razonable! Es sagrada como un ostensorio... Llevábala sobre su cuerpo desnudo, blanco como un cirio! Ah! si supieras! Han pasado seis años y, sin embargo, está embalsamada de su perfume como el primer día—un sutil aroma de fresias y de nardos — muy suave é inextinguible. Y para que el milagro sea perfecto, conserva aun el escorzo de sus formas, y en sus pliegues ténues ondula todavía el ritmo de sus actitudes. Es como su carne de ahora, misteriosa y vaga. Realízase en ella, en la alta noche, el prodigio inefable de las hostias. Es sagrada como un ostensorio...

—Lo que me mortifica—repuse ya sereno — es

que persistas en recordar tales vicisitudes. Cálmate. hablaremos mañana, pasado, cuando quieras. Pero reposa esta noche.

—Para eso te he llamado.

—Bueno: hablaremos de tí, de tus trabajos.

—Es que todo, mi vida, mi obra—especialmente mi obra—todo está ligado á Ella.

Mi obra! Ah! mil veces maldita la hora en que la imaginé. Ha sido la causa del crimen que necesito gritar, gritar muy fuerte, con lágrimas, con risas, como quien se saca un peso enorme de encima! Y es menester que conozcas hasta en sus detalles la marcha de esta fatalidad: Un hombre que con sus propias manos percederas, destruye la Felicidad. el Paraíso, la Gloria, por complacer una voluntad perversa; por aplacar una sed de dolor, de sacrificio, de sangre, de un apetito obscuro que solo se sacia con la voluptuosidad del daño propio ofertado por la misma víctima!

Desligar mis recuerdos de Ella! Que locura! Hay que saber lo que fué ese año y medio de vida. Acaso no ha existido sobre la tierra otra unión como la nuestra, tan íntima, tan indisoluble, gracias á una efusión total de afectos y deseos. y á una paridad sublime de ideales.

Allí había todo el amor, y ese algo más que el amor que es lo único que imprime huellas perdurables en las almas que se buscan: La comunión con el misterio, con las fuerzas ciegas de la vida, las que presiden los génesis y las disoluciones, las que llevan á los orígenes. Solo así es dado identificarse. De otra manera las almas son casi siempre impenetrables. De allí esa eterna inquietud del amor, gérmen de la eterna tragedia humana. Pero nosotros éramos dos y uno. Dentro del más acorde sincronismo espiritual persistía, no obstante, la dualidad sensual necesaria á la insalvable desarmonía humana; dos y uno. así como en las aguas de un delta, el verde oscuro de las ondas salobres se trasluce en el seno de la corriente cristalina del río que se abre al océano... Y todavía seguiríamos siéndolo, de no haberla poseído, de no haberla profanado!

En ese momento oyóse un pavoroso grito de Mario, y Augusto corrió á su cuarto, separado del gran salón por pesadas colgaduras. Seríame imposible analizar la impresión del silencio que se hizo en seguida. El extraño fenómeno que nos embargara, poco antes, en el comedor, repetíase afuera; y esta vez mi inquietud llegaba á los lindes del miedo. Jamás, jamás en mi vida, había presenciado una inmovilidad más absoluta de los elementos y del ambiente, ni siquiera, Señora, en la quinta, aquella tarde infausta en que usted me exigió la historia de «*La Corbata Azul*». Y eso en medio del temporal, de golpe, como si una mano invisible detuviera repentinamente el viento desencadenado y, á su influjo, se pasmara toda vida patética en la naturaleza. Y lo que filtraba calofríos en mis venas era que, en medio de la quietud, de la impassibilidad circundante, parecía despertarse en el fantástico recinto—en los ángulos en penum-

bra, tras los tapices del camarín — esa actividad espectral, que se siente de la manera como se adivina el odio y la antipatía.

Llegó Augusto, y antes de ocupar su puesto levantó el cortinado, sin duda para que Mario quedase tranquilo, viendo que no nos alejábamos de allí. Dejóse caer pesadamente en su silla y sin decir palabra comenzó á mover la cabeza como un hombre que ya no puede más. Tuve que levantarme y sacudirle, porque aquello era ya insoportable.

—Otra vez la luz!—gesticuló sin levantar la vista.

—Pero entonces esa criatura no duerme!

—Sí, duerme; pero siempre fué así. Aún en lo más profundo del sueño, si se apaga la luz se despierta en el acto, en el acto, gritando como si alguien lo martirizara! En los últimos tiempos, Anna María también sobresaltábase durmiendo en cuanto la mariposa se extinguía. Pero Ella ya había penetrado en el misterio... Torpemente yo desencadenara sobre su cabeza todo el horror de mi destino...!

Y antes de que pudiera contener su movimiento, cayó de rodillas á mis pies gimiendo:

—Ah! querido! querido!—soy un criminal!

—Cálmate! sé fuerte. levántate!

—Debí adorarla así. de rodillas, de rodillas toda la vida, toda la vida!

Eso era ya el desvarío, y me levanté haciendo inauditos esfuerzos á fin de parecer sereno:

—Oye!—dije, casi golpeándole—si permaneces un minuto más así, me marcho en seguida, y no me volverás á ver! ¡Qué locura!

—No, no, quédate! perdóname; y perdóname tú también Anna María!—imploró mirando á lo alto.

Lentamente. humildemente, fué á su asiento y allí lloró en silencio largo tiempo.

—Fué una tarde, en Tenerife, en los jardines del Quisisana Hotel, donde la conocí. Bajaba la montaña serpenteada de terrazas floridas, dando el brazo á un anciano valetudinario y ciego. Era su padre, un sabio italiano que murió, poco después de conocernos, en una mañana luminosa y alegre como una aleluya. Desembarcara en la

Isla por algunas horas, no más, y ya me volvía, cuando Ella glorificó mis ojos. Había tal distinción en su porte, tanta excelsitud en su mirada, y circundábala no sé que misterioso aire de melancolía y de extratierra que, á su paso, sentí doblárseme las rodillas y á mis labios subió su nombre simplemente: Anna María! Aún hoy me pregunto como pude adivinarlo. Al principio tuve la sensación indefinible de las cosas nuevas que nos parecen de pronto ya vistas. Pero fué algo muy distinto. fué una verdadera anunciación. Créeme, una anunciación. Recuerdo que Ella se volvió lentamente, muy pálida pero no extrañada, y sonrióse con tanta tristeza que el crepúsculo se angustió en los alcores. Era Ella, la soñada, la esperada, la implorada! Ella que me sonreía tristemente como una persona que ya sabe!

Volví al Hotel como un ausente y escribí á mis padres avisándoles que me quedaba. Caía la tarde y en la penumbra del tea-room desierto los últimos reflejos morían en las porcelanas diseminadas en bandejas de cobre rojo puestas en tripodes de bambú. Aquella soledad envolviame como un manto, y tuve tanta tristeza que parecíame sentirla como un velo sobre mis ojos y como un hálito sobre

mis manos. Salí al jardín. Poco después apareció Anna Maria, sola. A su llegada la tarde se pobló de armonías. Entonces sin una palabra—la más casta hubiese sido un pecado—tomé sus manos y me cubrí el rostro. Después no sé. Cuando volví á la vida, sentí sus lágrimas entibiar mi cuello. Pero esas ya eran lágrimas de una alegría triste. Después nos acodamos, muy juntos, en la baranda de un puente y permanecemos así mirando como el crepúsculo aterciopelaba el cielo, desvanecía las colinas lejanas, y allá en la rada, desflocaba los albos copos de las olas sobre el azul violeta en que partía un barco con su penacho de humo. Una lijera brisa, aromada de yerbas salvajes y de lluvia reciente, llegó de la montaña y fué como una invitación al retiro. Nos volvimos. El horizonte ardía tras una cadena de montes morados que se perfilaban con indecisión fantástica sobre aquel fondo rojogranate. Muy lejos, allá muy lejos, el pico de Teide esfumaba su alba cúspide en la lividez del cielo. En los valles cercanos, algunas palmeras recortaban en aquella luz cerúlea sus copas ya verdinegras de noche. En un jacarandá de flores azules que parecían mordoradas, una calandria trinoó su aflictiva esca-

la. Abajo, por la subida de Santa Cruz á la Laguna, iban labriegos arrastrando sus madreñas, el sombrero en las manos, las camisas abullonadas por el viento, tras una caravana de camellos cargados de cochinilla, tabaco y tomates. Más abajo, volviendo de Watering Place, un grupo de muchachas con sus barrilitos multicolores en la cabeza, pasaban cantando una canción aldeana monocorde é interminable. Toda la campiña parecía cubrirse de cenizas. Los montes ya no se perfilaban en el horizonte violaceo. Cesó la briza y no se movía una hoja en los frondas que costeábamos. Entonces, en la ciudad ya negra, las campanas sonaron pausadamente, campanas que oímos durante todo el camino cada vez más débiles, cada vez más lejanas...

—Terminó aquel relato en actitud de éxtasis: la voz lejana, las manos juntas y la mirada perdida en lo invisible. Era otro. Sus facciones se

suavisaron. un tinte rosa caloreó las mejillas y de los labios entreabiertos por el fervor del recuerdo, parecía ascender una llama incolora. muy tenue, como un soplo ardiente. como sube un deseo que no se dice, ó una plegaria interior.

Pero semejante exaltación embargábame más que el abatimiento de antes. A todo trance era menester arrancarlo de sus episodios pasionales, y no encontré otro recurso que insinuar la conversación sobre su libro. No era posible que permaneciésemos así toda la noche. en aquella tensión de espíritu. aumentada por mil sucesidos ambiguos—los sobresaltos de Mario. las supersticiones de Rosina—y las visicitudes de aquella tormenta quimérica. con sus calmas agobiantes y la alternativa furia del viento. cimbrando como á juncos los enhiestos eucaliptus, en una susección de relámpagos tan continua que el recinto parecía invadido de una atmósfera malsana y fosforescente. donde las tintas violetas del decorado adquirirían tonos cárdenos y el moiré blanco de las paredes se argentaba con fluidas vetas de azogue.

—Hablaste de tu obra—dije temblando por el eco de mi voz en ese instante—¿la tienes ya terminada?

—Desde que Ella se fué, ya nadie podría terminarla sobre la tierra... Ni siquiera yo, á quien visita en los silencios nocturnos.

Volvíamos al tema obsesor y apresuráme á preguntar.

—¿La titulabas?

—«¿*Estais Salvados?*»

—¿Un libro místico?

—Si y no: cada uno ve en los libros, lo que ve en sí mismo... Pero en todo caso, no es lo que su título sugiere á primera vista. Hay allí, es cierto, una ansia de redención, pero no es la de los Ejercicios Espirituales... ¿Como podría explicar?... Mira, debo confesarte una falla tremenda de mi inteligencia: á causa de esa misma obra, que me arroba y maldigo; á causa de la disgregación de mi espíritu en mil vidas quiméricas, á veces, hablando, no puedo concretar mis pensamientos. Se confunden, se desvanecen; he perdido el don de sensibilizarlos en la palabra. ¿Como te diré... Como un escultor cuyas manos no pudieran modelar la imagen que ve cerrando los ojos... Prefero relatarte el origen de ese título y, acaso, llegue así á darte una idea de la obra.

Le ofrecí un cigarro pero lo rechazó tapándose los ojos.

—Sería un veneno—dijo azoradamente—(un veneno que me atrae como una boca aromada y fatal). Si lo aceptara, minutos después no recordaría un solo nombre, un solo sitio. Hace años que el doctor Biercold me lo prohibiera. Atribuía ese fenómeno á un efecto de intoxicación. Hablome de amnesia tabáquica aguda... Sin embargo, yo sé que es otra cosa...

—¿Que cosa?

Suspiró profundamente como un hombre á quien obligan á explicar algo que no va á ser comprendido y dijo:

—Sería menester que supieses á que punto he llegado á exteriorizar mi sensibilidad, para que admitieras la relación substancial que hay entre el humo que se diluye en el aire y la fuga de mi memoria... y no vayas á creer que reedito el banal cliché romántico... Oh! no!... Es algo más profundo... Dime; ¿has tomado haschichs, alguna vez?

—No.

—Bajo su influencia se tiene la sensación de ser, por ejemplo, el objeto que uno mira ¿Comprendes? Miras un árbol y tú estás en el árbol, eres el árbol y sientes lo que debe sentir el árbol: te agitas si pasa una racha de viento y tu

frente adquiere frescuras de follaje. ¡Que gloria será sentirse brotar en primavera! El haschichs suprime el vínculo de cohesión de la individualidad y nuestro ser se disemina hasta en las cosas inertes. Es como si una fuerza extraña venciera la cohesión molecular de un sólido: se desvanecería lo mismo que un gas que se expande. Bien, las innumerables transmutaciones y transfusiones de alma á que me sometiera por mi obra, han roto esa unidad personal; y así tengo una voluntad inquebrantable mirando un roble y se borran mis pensamientos con el humo. Hazme el servicio de no fumar tú tampoco!

Accedí presa de atroz angustia por aquella preocupacion misteriosa hasta en los más nimios detalles, y él continuó.

— «¿*Estais Salvados?*» es la traducción literal del inglés de un extraño anuncio que ví en grandes letras metálicas en lo más alto de un enorme y gris *office* de Londres: «¿*Are you saved?*». Una secta redentorista, había puesto allí esa pregunta terrible, entre redes telegráficas y chimeneas humeantes, para recordar á los hombres de negocio que hay algo que con el destino no se opera á plazo fijo... Yo le doy otra acepción... Luego verás...

Echóse á reir siniestramente y dijo:

—Es curioso ¿eh? que una simple leyenda revele de improviso al ánimo toda una creación hasta entonces inconsciente! Pero soy así. A mi me sugiere más profundas reflexiones sobre la finalidad humana un grabado de Rops que todos los volúmenes de Nietzsche. Soy así...

Y lentamente, moviendo la cabeza, recitó el delirio de Candia Della Leonessa:

*E d' una tela viense tanta trama
e d' una fonte viense tanto fiume
e d' una quercia viense tante rame
e d' una madre tante creature!*

Are you saved?

—Hay una forma de existencia que no es la locura y que, sin embargo, no es la vida natural. Cada día descubres á alguno de tus conocidos, que hasta entonces se comportara correctamente, cometiendo de pronto actos arbitrarios, inmorales ó extravagantes. Para todo el mundo es uno más que cae bajo la jurisdicción de los códigos, vencido por las mil concuspencias de las ciudades. Es un criminal, es un cínico, es un insensato. Pero obsérvalo bien, inquiere el origen de sus faltas, y no encontrarás ninguno de los prodromos en que se deslizan aquéllos. Ese hombre ha caído como fulgurado.

Si eres su amigo interrógalo. Entonces te dirá

que desde un tiempo atrás sintió una ansia indefinible. Tristezas repentinas, éxtasis deslumbradores. Poco á poco, su personalidad, su yo, fué entregándose más y más á esas formas difusas del sentimiento, y á medida que se alejaba en la vida. desapareciendo casi, nacía en él otra naturaleza parásita, hasta llegar un momento á levantarse amenazadora frente á su voluntad. Y allí comienza el drama horrible. No sólo se apercibe de que ese espíritu es perfectamente extraño á su yó, sino que constata angustiado las modificaciones perniciosas que imprime á su carácter. á sus deseos. á su afectuosidad. Sufre hasta físicamente: livideces repentinas, sudores frios, insomnios..... Ya ves. como los endemoniados.

Con palabras de espanto te referirá la lucha horrenda con la intrusa; el conflicto absurdo de dos yo en la dirección de una vida. Uno, insensato, inmoral. preocupado de futesas; y el otro razonable, contraído al estudio ó al trabajo. Y no vayas á creer que es la demencia. Trátase de algo que antaño llamárase maleficio, que la medicina calificó un día de obseciones. y que yo he descubierto como un avance sobre la vida personal. desintegrada por cualquier causa. de las existen-

cias virtuales que en todas partes nos circundan. La prueba la tienes observando que siempre son fallas pasionales ó de instinto. es decir: de la sensibilidad y del sentimiento, las dos formas primordiales y más simples de la vida. Esa intrusión, no obstaculiza en nada el mecanismo general de la inteligencia: la memoria está intacta, el raciocinio perfecto, la voluntad vigila—el poseído discute con la intrusa—las asociaciones de ideas subsisten. De allí resulta que tu amigo, fuera de sus impulsos perversos ó antisociales, es un hombre habil en su profesión. en su arte ó en su comercio.

Y hay otra particularidad. He observado que esta especie de maleficio ataca solamente á las naturalezas superiores, vale decir, á las menos naturales, las más evolucionadas, las más refinadas, las más disgregadas. El patán y el gomoso—cuyo valor espiritual es idéntico—ó son locos de manicomio ó normales como filisteos. Es el mismo destino que generó y dirigió sus vidas; el que les hace preferir, en materia de sensaciones, la conmoción del chock al calofrío de la caricia, el brochazo vivo á la desvanescencia de los matices, el melodrama á la tragedia. Cuando beben les ocurre algo aná-

logo. No conocen el glorioso delirio de la embriaguez. En seguida se descomponen del estómago ó caen en sopor. Y cuando están alegres, rien pero no saben sonreír. Es el frecuente defecto que afea á las campesinas hermosas: no saber sonreír.

Y repara que no te hablo aquí de la locura según la idea popular. Cuando te digo que no son dementes, sobrentiendo que no son delirantes ni padecen de ideas fijas. La demencia destruye el intelecto, y la idea fija es un pensamiento frío, expectante, que anula la voluntad, la reemplaza y que, haciéndose aceptar como real y lógica, no provoca ningún conflicto penoso.

Hay que convencerse que es una transfusión de otras vidas en las nuestras, sin que se requiera que sean malignas para provocar el conflicto. Basta con la desharmonía que provoca, para desbaratar el viejo dogma de la libertad humana y, por tanto, la moral tradicional. En esa acción de un espíritu sobre otro, hay una especie de impresión fotográfica, con la única diferencia de que el objeto sensibilizado es consciente, sin que el tener conciencia del fenómeno que se realiza altere en nada la naturaleza del mismo.

Y lo terrible es que puede ejercerse sobre cualquiera: lo mismo sobre el que nace disminuído en su integridad espiritual, por una herencia de predisposiciones. como sobre el normal que se debilita en excesos ó en sufrimientos—dolor ó placer, y sobre todo esas dos dulzuras diabólicas del alcohol y de la lujuria.

—Bueno—interrumpí—con eso habrás descubierto una nueva forma de neurosis ó de maleficio, como tú quieras llamarla; con ellas podrás hacer historias clínicas más ó menos literarias, pero no *tu obra...*

—Ah! como te equivocas!—repúsome con una sonrisa compasiva—si el tremendo conflicto que acabo de referirte se redujera á una simple lucha de células, claro está que sí. Pero no, aquí hay algo que nunca llegará á ver la histología patológica.

Historias clínicas! pero entonces olvidas que esos desgraciados viven en sociedad, que tienen padres, esposas, amigos. queridas, á quienes sus actos arbitrarios pueden lesionar dolorosamente. Olvidas que sintiendo su inteligencia perfecta tienen aptitudes y ambiciones. y que en su arte ó su profesión se ven obstaculizados por ese poder ex-

traño que aventa su porvenir! ¿O acaso tales dolores no son dignos del drama? ¿Tendremos que limitarnos á llorar eternamente la eterna memoria de la eterna modista?

Verdad que allí hay lo que llaman «substractum degenerativo», pero no se describe. Interviene virtualmente en sus destinos como intervenía la fatalidad en las tragedias griegas, el honor en los dramas españoles, la perversidad primordial en las historias de Poe, las preocupaciones sociales en la comedia moderna. Es la fatalidad finisecular. Son hombres como todos; no se les distingue. Sus taras son únicamente expiatorias. ¿No crees?

—Pero aun admitiendo tu teoría—insisti—¿no piensas que limitas la observación á un grupo reducido, tan reducido que casi puede decirse que está fuera de la vida?

—Bastaría uno solo de esos seres para justificar la obra de arte. Pero te equivocas pensando que son pocos. Son pocos los que llegan al grado que te he descrito, es decir: al paroxismo. Pero hay miles y miles que viven sin viloar ningún precepto de la moral corriente y que, no obstante, están todos los momentos á punto de violarla. Tienen la suerte de que no se cruce en

sus vidas una causa determinante. Si no, dime: ¿cual es el hombre sensato que no ha tenido nunca una idea monstruosa? ¿Quién está seguro de no tenerla un día? *Are you saved?*

Así, á cada paso. encuentras quien se te queja de no poder trabajar: que está deprimido, que tiene «la cabeza vacía». Cuéstale un verdadero esfuerzo dirigir sus pensamientos, y cada vez que debe tomar una resolución abrumánle hesitaciones terribles. Es la confusión mental, á veces exaltada al extremo de simular una fecunda actividad intelectual, pero que siempre se denuncia por la fuga de ideas, las incoherencias y las ficciones de un mundo imaginario. Hasta el olvido colectivo de los antepasados—la muerte de la tradición, el despego por los intereses de la sociedad—no es más que la suma de las incapacidades individuales para precisar los recuerdos.

—Sea! pero partiendo de esas perturbaciones, vas á remover todas las heces humanas!

—Ah no! tranquilízate. No tengo ninguna predilección por lo feo, lo deforme, lo malo. Por eso no he imaginado refinamientos á lo Sade ni teologías á lo Bradomín. Tranquilízate. Fatalmente castos y astemios, mis protagonistas nada saben de

perversiones, ni se deleitan con roles de medicina legal. Monsieur de Phocas no tiene allí ningún prosélito. ni entre ellos se cuenta siquiera un morfinómano... Ya ves. por ese lado, como en las novelas para las modistas. Bajo su influencia nefasta, más que en una nomenclatura neuropática, podría incluirseles en las antiguas consejas de *los poseídos*.

No son pues, finiseculares en el sentido conculpiciente de la palabra. No se complacen en su degeneración. Al contrario, quieren ser buenos, sensatos; aspiran á vivir la vida riente que constituye el eterno tema de sus divagaciones; y si no lo consiguen es porque en sus destinos hay algo del horror litúrgico del anathema. Diríase que cada uno de sus actos cumple un designio anterior. Por eso, melancólicos ó gesticulantes. pasan siempre en actitud punitoria camino del territorio predestinado.

Sin embargo, á pesar de ese conflicto odioso. no son pesimistas. Acontéceles lo que á los tísicos que en la mañana del día de su muerte forjan proyectos de ensueño para el porvenir. De allí que sean casi siempre sentimentales, con la nostalgia un tanto rencorosa que les inspira el re-

cuerto de la destemplanza originaria de los abuelos, y la melancolía proveniente de la preciencia de sus destinos, y de saber que sin embargo sus anhelos no están tendidos hacia esos destinos.

Bajo esa influencia obscura viven sobresaltados, tratando de descubrir, en los confines del bien y del mal. cuando son y cuando no son ellos; cuando están y cuando no en su propia responsabilidad y dentro de su conciencia. pues gozando en absoluto de sus facultades directrices, poseen una penetración asombrosa para analizar el conflicto interno que los atormenta, «el fardo de lo comunicable» que decía Tomás de Quincey.

Son hombres que sufren y que aman; que hacen sufrir y que se hacen querer. Son almas deformes pero no malas. Son peores y mejores que cada uno de nosotros. Hasta son bellos, porque son desdichados. Dignos de envidia y de lástima. Son de este tiempo y son remotísimos ciudadanos de todos los países. Tienen la edad de todos. ¿Quién no se les parece un poco? *Are you saved?*

—Hay una objeción preliminar que hacerte,—dije. como última tentativa—la que opusiera Anatole France á Hamlet: «Obligas á las gentes á pen-

sar, y ese es un error que de ninguna manera se te perdonará aquí».

—Objeción formidable, si mi libro no fuera otra cosa que teorías filosóficas dialogadas. Mas á parte del interés dramático, encierra la invencible atracción del espanto. ¿Hay un aliciente más tentador? Mira: los hombres de todos los tiempos complaciéronse en cultivar terrores desconocidos que incorporaban á sus ritos y á su arte. Maleficios, obseciones, «*tedium vitæ*», no son sino distintas faces de una sola influencia, que vemos bajo diversos aspectos siguiendo las transmutaciones de la sabiduría, pero que, en sí, es siempre la misma: la eterna angustia humana creada por el misterio del más allá—*fuga mortis*—; y por las acechanzas de los seres que viven en el más allá—los habitantes de *borderland*. A ella se deben desde las supersticiones ingénuas, hasta los eruditos relatos del mal finisecular. Por eso cada época tiene su literatura de tribulación. Hoffmann, Poe, Baudelaire—«*les charmes de l'horreur n'en-nivrent que les forts*». Solo que dicha influencia va tornándose cada vez más difusa. La superstición suponía una acción obscura pero personal. Era el terror á un espíritu, con pasiones y actos

de hombre, misericordioso para con estos y cruel para con aquellos. Irritábasele ó contentábasele según el grado de atención que se le prestaba ó el honor que se le rendía. Pero siempre mal humorado, hostil á la alegría humana. De allí que se le desagraviara sacrificando una parte de ese placer para que consintiera el resto. Cuando escribía el primero de aquellos, aun era fácil encontrar frescas las raíces de las supersticiones, por eso el terror de sus cuentos fantásticos proviene de una acción preternatural. Desaparecida la fé, el maleficio murió con el demonio. Ya en la obra de Poe los fantasmas son menos objetivos. Es la perversidad primordial, el «*primum movile*» el que impera. La alucinación reemplaza al fantasma. Pero siempre siguen siendo historias extraordinarias. Palacios encantados, países fantásticos, mujeres extraterrestres. Luego vino la efímera literatura de detectives; mas Scherlock Holmes fué tan hábil en sus inducciones que ya no hubo porque tener miedo. Y el mundo que no encontraba ya de que horrorizarse, ni de que asustarse, enfermose de tedio. Viajó de un lado á otro, buscó el olvido en la inquietud, en los refinamientos, en los paraísos artificiales, en las

perversiones... y para huir de la eterna angustia humana, aristocratizada en spleen, vivió como nos cuenta Jean Lorrain, dilapidando sus energías, infectándolo todo, gastándolo todo. Mis personajes son los nietos de esos agotados.

La neurastenia, la melancolía sutil, el spleen, las obsesiones y los delirios—desvaríos de las vidas ocultas que anidan en nuestras almas—no son enfermedades de la literatura, sino del individuo y de la época. Crecieron junto con el progreso y son, por tanto, flores de civilización. Concíbese que surjan en las obras de arte, ya que la estética no pertenece á la inteligencia sino á la sensibilidad.

Pero para externar esa vida interior, sobresaltada, angustiada, de eterno conflicto,—continuó Augusto en pleno delirio—era necesario estudiar estados de alma pues los signos exteriores son por lo general escasos, ya que quien sufre esa damnación, así como se defiende en sí mismo del pensamiento intruso, trata de despistar á la sociedad, cosa tanto más fácil cuanto que, conserva

su equilibrio intelectual. Había, pues, que *observar* estados de ánimo, sorprenderlos, á pesar del disimulo y de la táctica ocultadora. Y como comprenderás era una obra casi irrealizable.

Por mi parte algo podía hacer. Los años agitados y aventureros de mi vida, la hiperestesia que me conoces, formaban un substratum bastante apto para encarnar esas vidas ocultas y completar con el examen de mi propia tribulación las impresiones que debía transmitir. Propenso á los ensueños. al soliloquio. no me fué difícil tensionar mi espíritu y aguzar aún más mi sensibilidad para *vivir virtualmente*, por algún tiempo, *mis desdichados personajes*. De esa manera logré una serie de estudios y bocetos que jamás pude ordenar. Verás porque.

Mas, no obstante la adquisición de esa nueva modalidad espiritual. los cuadros quedaban incompletos. Un conjunto innumerable de sensaciones preciosas escapábanse á mi observación. Ante el relieve y vitalidad con que mi espíritu concebía los personajes masculinos, las mujeres de mis cuentos resultaban simplemente esquemáticas. ¿Quién podía darme ese tesoro inapreciable? No bastaba solamente encontrar un espíritu extrasensible, sinó

un espíritu capaz también de analizar sus emociones y sus sentimientos.

Por eso, durante cierto tiempo me dediqué al estudio de los fenómenos inconscientes, y del automatismo psíquico, á fin de poder insinuarme, infiltrarme en los espíritus, y observar así el espectáculo quimérico de las vidas interiores.

Cuando me volví y hallé á Mario parado detrás de mi silla, le juro Señora, que me puse á temblar como un malhechor. El pobrecito mirábanos en silencio, temblando bajo su camisón de batista, y grandes lágrimas corrían por sus mejillas lívidas.

—M' hijo! por Dios!—gritó Augusto levantándose de un salto?—¿por que has hecho esto?

Tomolo en sus brazos y quiso llevarlo nuevamente á su lecho. Entonces Mario, que no había dicho una palabra, que no tuviera una queja, sollozó:

—No papá! no papá! Yo te quiero mucho... No me lleves allá.

—Sí. Augusto — dije — consiente... Ya ves que no puede dormir ¿Por que no se lo dejas á Rosina? Yo mismo podría ir...

Mario desprendióse del cuello de su padre y tuvo para mí una mirada de inmenso reconocimiento que me heló, por que era la mirada de un hombre á quien salvan de un suplicio atroz.

—Tienes razón; pero iré yo mismo—repuso Augusto.

Tomó del sofá una piel de zorro gris, envolvió en ella al niño, y se dirigió hacia el piso bajo, para entregárselo á Rosina.

Quedé solo. Nuevos relámpagos inundaron la cámara. Quise cerrar los postigos para evitar esa causa de sobresalto físico, pero los ventanales de vitraux carecían de postigos. Y no tuve más remedio que quedarme allí, viendo como aquella luz lívida y azulada envolvía en tonos qui-

méricos muebles y tapicerías. Sobre todo ese camarín violeta, donde resaltaba, como un cuerpo muy tenue, la túnica misteriosa que era como una espuma de seda ó como una llama blanca.

—Mi arte debía ser de una simplicidad natural en la descripción exterior, y el resultado de un análisis minucioso, de innumerables observaciones en lo espiritual—dijo Augusto reanudando sus teorías, como si nada hubiese pasado.—Uniendo esas dos impresiones llegara á un realismo sutil, de cierta manera análogo al que proclamó *the sacred seven*. Es decir: verista no sólo en las representaciones visibles,—escenas, actitudes, fisonomías—sino también en las realidades de la vida interior—conflictos sentimentales ó morales; de suerte á dar, en una síntesis preponderante, la exactitud del momento dramático.

Claro está que semejante propósito imponíame un trabajo inaudito. Para alcanzar esa simplicidad sublime, requeríase una intensidad perceptiva, una particular sutileza de sensibilidad, que me permitiera deducir de las propias sensaciones y emociones las

realidades de vida interior en los demás. Nosotros ignoramos muchos fenómenos y formas de la vida, porque nos falta el sentido correspondiente para notar sus cualidades especiales. ¡Ah! tú ignoras el enjambre de vidas virtuales que nos rodea. Todo espíritu linda con el más allá. Y para aquellos que lo merecen, hasta en los sucesos más mínimos se manifiestan las vidas ocultas. Están en todas partes, nos acompañan á todas partes. Se identifican con nosotros, son desdoblamientos de nosotros mismos, son almas de nuestras almas. Son las que dispensan las alegrías espontáneas, y las que nos ensombrecen repentinamente con angustias sin motivo. Es el subitáneo recuerdo de la ausente, son las caricias que flotan en el aire, las melancolías que descienden en los crepúsculos, son las voces que nos llaman en el silencio. Son las que presiden las horas supremas del amor y de la muerte.

Para apreciar estas vidas que tan gran importancia tienen en la dirección de las nuestras, tenía que formarme un sentido nuevo como el que tienen para las presencias ocultas los sonámbulos, los videntes, y los hipnotizados. La inteligencia sola no basta. Es un error creer que pensamos úni-

camente con el cerebro. Hay que pensar con todo el ser por medio de las sensaciones y de las emociones. Así como la sensación es el primer signo de la vida orgánica, y por ella se ordenan nuestras relaciones con el mundo exterior, así la emoción—primer estado de conciencia—es en la vida espiritual la invitación á la idea. La idea que tenemos de algo no es otra cosa que la asociación de muchas sensaciones pasadas al estado de imágenes. Por eso siempre que pensamos concretamente, lo hacemos con objetos, ó con imágenes de objetos. Hay un fenómeno psíquico que lo confirma: las ideas sólo son contagiosas, cuando tienen un valor afectivo.

Para formarme tal sentido, comprendí entonces que debía comenzar corporizando—es decir: sensibilizando mis ensueños, y espiritualizando mis sensaciones.

Durante meses y meses—gesticuló—en el silencio, con la perseverancia de un santo, con probidad severa y amor profundo, armado de pies á cabeza de voluntad. discipliné mi espíritu para aguzar la percepción sutil que requería el prodigio imaginado, y sorprender en mí mismo la participación de las vidas múltiples que me ro-

deaban — su signo recóndito— penetrando en su substancia: en el misterio de las sensaciones, de los sentimientos, y de las emociones, á fin de llevar mi arte adonde nadie todavía ha imaginado. En ese exámen continuo de mí mismo. Llegué á intuir otras mil vidas, tan cierto es que cuanto más se cree y se obra en sí mismo tanto más se obra sobre los otros. Ah! cuando sepas á lo que llegaral

Faltábame únicamente la intimidad de un alma gemela, no sólo porque en la meditación y el exámen en común se penetra mucho más finamente en sí mismo, sino también para cultivar en ella las reacciones exquisitas ajenas á mi vida interior. Adivinaba la existencia de seres extraordinarios que habitan naturalmente los confines misteriosos de la naturaleza, porque siendo muy simples, poco individualizados, se hallan más cerca de lo inconsciente. Seres que tienen por misión mostrarnos los prodigios, y que sin abdicar de su voluntad, gracias á cierta facultad de disgregación, pudieran servirme para encarnar esas vidas errantes y ocultas. Baudelaire se acerca á mi idea cuando dice: «la mujer es fatalmente sugestiva; vive de otra vida á más de la propia; vive espiritualmente en las

imaginaciones que ella frecuenta y que ella fecunda». ¡Imagínate la suprema felicidad de gozar de sí en otro, de ver su perfección reflejada en un alma que se deja sorprender!

Un presentimiento pertinaz, que en realidad fué preciencia, alentábame con la esperanza de encontrarla un día, de improviso, en mi ruta. Era una aspiración imprecisa todavía, hacia la conjunción con una femineidad que, siendo complemento intelectual y moral de mi ser incorpóreo, se desdoblase, sin embargo, en su vida afectiva como para obsequiarme con las confidencias de sus emociones y permitiera, acaso, florecer el amor entre uno y otro.

Debía ser, pues, *la modelo*, tanto para las personales reacciones del espíritu, que casi siempre equivocamos, como para las genéricas, una vez que lograra hacerla vivir las existencias virtuales de que te he hablado.

—¿Y como conseguirías esa copia interior?

—Fácilmente: se ha dicho que la representación de un movimiento es ya un movimiento que comienza, un movimiento «en estado de nacimiento»; nada se opone á que la representación ordenada de una emoción haga nacer esa misma

emoción. Es una ley universal—sostiene Espinas —en todo el dominio de la vida inteligente, que la representación de los estados emocionales provoca el nacimiento de los mismos en el testigo. La emoción no es sinó el estado de conciencia de los signos exteriores que el vulgo considera como efectos. Quiero decir que las *formas de expresión*, no solo externan el estado de alma, sinó que son una parte virtual de los mismos. Encuentras, por ejemplo, á un sujeto presa del miedo más terrible. Está desencajado, tiembla como un pobrecito, suda frío y desfallece. Si le obligas á marchar, enjugas sus sudores, y le ordenas que no tiembla, en una palabra, si lo levantas físicamente, verás como. aun subsistiendo la causa de espanto, el hombre se anima y se tranquiliza.

Si por tal medio llegaba á poner bajo los ojos del lector los estados de conciencia. su emoción sería perfecta. No sé si me explico: Yo he invertido el postulado de Leibnitz de esta manera: «Nada se realiza en los cuerpos como si no tuviesen almas». Toda representación mental, todo acto psíquico, tiene un equivalente expresivo: movlmientos, gestos. sudores, palideces. Todos, para un orden habitual de ideas ó de emociones, empleamos deter-

minadas actitudes, miradas ó entonaciones de voz que, variando en matices, conservan, no obstante, una fisonomía fundamental, una especie de parecido expresivo. Gracias á ello presentimos lo que se nos va á decir y adivinamos lo que se nos oculta; gracias á ello, un cuadro deja de ser un caprichoso adosamiento de pastas y colores; gracias á ello el orador y el actor son menos histriones. Quiero decir que determinadas actitudes sugiérennos siempre las mismas ideas ó despiertan en el que los presencia los mismos estados de alma del interlocutor. En tal sentido empleaba yo la modelo.

Esto constituía una revolución literaria. Desde Homero, el procedimiento ha sido único: el doctrinado por Lessing. En lugar de reproducir objetivamente las cosas y las personas, transmítase la impresión causada en el espíritu del narrador. Elena era tan bella que, á su paso, temblaban los ancianos de Troya. Ahora bien: á través del espíritu del autor, las impresiones se desvirtúan en muchos casos, por las reacciones individuales. ¿Quieres un ejemplo? Porqué el desnudo, siempre casto en la estatua y el cuadro, no lo es en la descripción de un literato? Porqué, este último,

al reflejarlo. agrega instintivamente, inevitablemente, un poco de su voluptuosidad. Es por eso que casi todas las descripciones literarias del desnudo pecan de «deshabillé».

—Y ¿como infundirías esas existencias quiméricas en la modelo?

—Beaunis ha dicho: Se puede manejar el alma humana como se pulsa un instrumento. Hay que saber pulsarlas, y ya te dije como me experimentara antes en la mía.

—A fuerza de sugestión?

—No de la sugestión ó, mejor dicho: muy poco de la sugestión. En una especie de comunicación intercerebral, de alma á alma, que generalmente se manifiesta por las vías de la inconsciencia y de una manera imprevista y sin que se requiera entre los dos seres una relación previa. Rara vez interviene la voluntad. La sugestión supone un espíritu amorfo, por cuanto su posibilidad depende del grado de disminución personal que se ofrece al influjo imperativo. Tampoco es la imitación inconsciente, especular, de los contagiados mentales. Es la facultad de reencarnar otros espíritus. para cuyo prodigio, reservábame únicamente un poder sugestivo débil como fuerza de freno, directriz. de guía. Esa modelo buscaba.

—Que no hubieses encontrado...

—¿Por qué? ¿Como no encontrar una mujer que me hiciera espiritualmente la donación que para otras tantas obras maestras hicieran Carlota Fossetta, Paola Borghese, Diane de Poitiers, Lady Digby?

¡Imagínate ahora, si puedes, con que palpitaciones de entusiasmo, con que fervor de agradecimiento descubriría aquella tarde en los jardines del Quisisana á la criatura excelsa que en vida se llamó Anna Maria!

Vacilé largo tiempo. hasta que en una noche inolvidable de lágrimas y de besos, pedíselo como se piden las gracias divinas. Anna Maria consintió jubilosa. Ah! como era buena!

Y fué en este mismo recinto donde viví las horas resplandecientes que en vano trataría de narrarte. No puedes siquiera presentir la voluptuosidad de penetrar en un alma, asistir á sus

más íntimas trasmutaciones y regirla, envolverse en ella, desaparecer en ella y ser otro... Imposible, imposible!

Como además de su estupenda imaginación representativa, su alma lindaba siempre con el más allá, bastábame, para verla encarnar una vida imaginaria, con hacerle una descripción exaltada del momento patético. Recogíase algunos minutos en la penumbra de ese camarín, y un temblor imperceptible recorría su cuerpo. Poco después ella era la otra, *la imaginada*. Por eso he dicho encarnar. Allí no había sugerencias, sino una verdadera transfusión de espíritus. Sentía como la otra, sufría ó alegrábase como la otra, su voz cambiaba de timbre y hasta sus facciones sugerían la fisonomía virtual.

Al principio distraíamonos, á veces, con la sensación física de nuestra realidad, pero poco tiempo después, de tal manera llegamos á fundir ó á disociar nuestros espíritus, que realizábamos absolutamente el peligroso prodigio. Una especie de armonía establecióse entre nuestras almas, permitiéndonos sentir el uno en el otro en estados análogos, lo que unido á la facultad de sentir las otras vidas, convertíanos uno en dos y miles en uno.

Tal naturalidad habíamos adquirido insensiblemente que, á menudo, sufríamos verdaderas disoluciones de nuestra personalidad en la de otros seres, dejando, de cierto modo, de existir. Así, como te he dicho que quien se embriaga con haschisch llega á *creerse* y *sentir* en el objeto que contempla; así nosotros, á fuerza de incorporar otras vidas en la nuestra, concluíamos también por adoptar sus sentidos y hasta sus fisonomías, porque toda sensación es una presencia. Al último tuvimos que suprimir los espejos para no *sorprendernos*, y, en verdad, yo no sé qué facciones tengo ahora.

Luego, junto con ese desdoblamiento espiritual, adquirimos tal sutileza de sentidos que el mundo exterior abríase á nuestros ojos hasta en sus significaciones más recónditas. Tan cierto es que la suntuosidad de las cosas depende tan solo del ardor que por ellas tenemos! Hasta los objetos inertes revestían apariencias nuevas y evidentes! Oh! si supieses que fertilidad de imágenes! mis cuadernos de apuntes florecían de ellas... Pero esa misma facultad extraordinaria causó el desastre de mi vida. A fuerza de malear mi sensibilidad la he agotado. He prestado mi yo á tantas vidas quiméricas, que mi alma ya no es mía. He vivido tantas

emociones contradictorias. he reflejado tantos rostros, he vibrado en tantas sensaciones, que ahora mi vida la encuentro en todas partes, menos en mí. Y no solo por esa dispersión de espíritu carezco de unidad personal, sino que, no pudiendo conmoverme sinó disgregándome, ahora el mundo exterior es para mí un enigma frío. Puedo decir que ya he desaparecido, que físicamente soy lo mismo que esa túnica... Mi alma está en las manos impalpables de Ella. Pronto la tendrá para siempre!

—¡Oh! no desvaríes! Tu mal lo debes á este aislamiento y á esta inacción. Trabaja, vuelve en tí, entra en la vida, y ya verás como desaparecen los fantasmas...

—Trabajar, trabajar! que cómodo resulta dicho por ustedes...! Trabajar ¡pero si no puedo! Comienzo á escribir, mis ideas son claras, la expresión fácil y fiel. De pronto un detalle de estilo me detiene y mis ideas se confunden. Una profunda obscuridad mental sucede á la lucidez del principio; un peso enorme gravita sobre mi cabeza. y ya me es imposible escribir una línea más. En un segundo ha desaparecido toda relación entre las imágenes y la facultad de expresarlas. Las

ideas abstractas todavía puedo transmitir las con algún esfuerzo; pero cuando trato de reproducir estados de alma ó copiar un paisaje. me agito en la impotencia más absoluta. He perdido la comprensión de las imágenes. Veo un paisaje. imagino un drama, siento las pasiones de los protagonistas, pero no puedo describir aquel, ni transmitir estas. Así como los afásicos ópticos ven un objeto y, reconociéndolo, no pueden dar con su nombre, en el orden superior de mi castigo, los objetos y los seres no despiertan en mí la imagen sensible correspondiente. Dejo de reconocer el sentido. tanto del mundo exterior como de los estados de alma. Lo animado—la forma. el color. la emoción—desaparece y no me queda más que el esquema. Veo las cosas como dibujos lineares. Siento una impresión y no puedo deducir una idea. Cuando describo lo hago de la manera servil de los calcos.

Y no es una lesión cerebral: conservo intacta la noción de la palabra y la mecánica del lenguaje, ya lo ves... Es algo más grave. Es que en aquella comunión de espíritu tan íntima, tan total. he perdido parte de mi alma: la sensible. Anna María se la llevó. Réstame lo que basta á los demás hombres para vivir: la razón, y, así mismo, ésta ya vacila.

—Exageras! — interrumpí con forzada sonrisa— lo que te falta es voluntad. y te ha sobrado orgullo como decías en tu carta. Vuelve á escribir...

—No puedo, no puedo... Y ¡cosa desesperante! siempre el obstáculo reside ¿á que no adivinas en qué?

—¿En qué?

—En el adjetivo. No puedo calificar, no puedo sensibilizar la frase. ¡porque yo mismo agotara toda sensibilidad en mí! El adjetivo! Ah! no es tan solo la túnica transparente que viste y colorea el concepto substancial, es mucho más: es la fisonomía del verbo! Es como esa túnica que, á veces, corporiza una vida!

Aquello era ya el delirio y comprendí que no debía pronunciar una palabra más. Solamente pedía al cielo fuerzas con que sobrellevar ese momento y, sobre todo, que me salvara de la tentación de esa demencia pues, á pesar de mi lucidez, á veces llegaba á contagiarme al punto de admitir las divagaciones de Augusto como posibles y reales.

Después de su última frase habíase quedado absorto, con la vista fija en el camarín. Levantóse lentamente, como para no desvanecer un prodigio

que se anuncia, y tomándome de la mano obligóme á seguirle hacia el lecho de descanso. Aquella mano laminar, pálida y ardorosa, estremecía hasta los tuétanos! Un silencio profundo escoltaba nuestro avance. Afuera todo estaba inmovil, todo callado, todo inerte, y á través de los cristales filtrábase una lividez de aurora. Debía ser muy tarde, de madrugada, aunque esa luz fuera más bien vespertina. Yo temblaba de pies á cabeza. Varias veces tuve la sensación de que alguien tocase mi hombro, y en la cara sentía, de vez en cuando, una impresión parecida á esas gasas impalpables que traen los vientos del verano, y que los campesinos llaman *Baba del Diablo*.

Cuando ya íbamos á llegar se detuvo y, casi al oído, me dijo:

—Ahora, que ya lo sabes todo, escucha mi gran secreto, mi crimen. Durante año y medio, en las encarnaciones de que te hablara, coloqué á Anna María en todas las tragedias del espíritu, en todas las tribulaciones de la vida, para sorprender en sus ojos y en sus palabras, sus sentimientos y emociones... Sin embargo, nunca me atreví á sugerirle la suprema angustia humana. Pero una noche de tormenta, como esta, tuve un deseo in-

contenible, un aciago deseo, de saber lo que sentiría en ese instante y le dije: «Anna, oye: ¡si tu me vieses de pronto enloquecer y saltar sobre ti como una fiera, y con estas mis manos asesinas—ves con estas manos—estrangularte, tú sentirías...»

Ella se puso muy pálida. miró mis manos largo tiempo con ojos despavoridos, llevó las suyas á su garganta desnuda. entornó los párpados, anudó-sele la garganta en un sollozo, y dijo entrecortadamente:

—«Te perdonaría, te amaría siempre, y me iría así. así. así!»

—Su palidez llegó á un tono de transparencia, abriéronse sus pupilas en una mydriasis resplandeciente, y no volvió más. Se me fué! Se me fué! ¿Comprendes ahora todo lo nefando de mi crimen? ¿No me abofeteas? ¿No me escupes? Pero, dime: ¿comprendes?

—Augusto! Por amor de Dios!—imploré sin mirarlo.

—¿Comprendes? Yo sabía que apenas un débil, muy débil vínculo la unía á la vida, y, yo mismo lo quebré. Le dije: «¿ves? yo te comprimo hasta sofocarte,—eso sí, no llegué á tocarla, ¡te juro!—

tu sientes que el corazón te quiere estallar. sientes una onda de sombra en tu alma y un frío que te sube á la garganta...» Ella sentóse aquí, á mi lado, en este mismo lecho, en este mismo sitio en que me ves y se fué repitiendo: «Te perdonaría, te amaría, y me iría así. así así!»

Augusto cada vez más débilmente imitó el gesto que evocaba y repitió tantas veces: «*así*», «*así*», «*así*» hasta que lo ví caer de espaldas en el lecho, con los ojos abiertos y vidriosos y los labios cárdenos.

Yo no quisiera jurar, Señora. por algo de que no tengo una absoluta seguridad; pero sea por el viento que agitó su caída ó porque en realidad se animase aquella túnica de encajes que parecía un copo de espuma ó una llama blanca, lo cierto es que se levantó del lecho y cubrió á Augusto, yendo el borde del escote á rozar sus labios amoratados. Y entonces, por primera vez en mi vida, huí gritando como un loco! ¿Cuanto tiempo vagué

perdido en los potreros, gritando. corriendo. corriendo siempre sin mirar atrás? No sé. Solo recuerdo que al llegar á Luján resplandecía en oriente una púrpura radiante y que las campanas de la Basilica llamaban alegremente á la primera misa.

La Corbata Azul





¿VISITA usted á menudo á Máximo Lerma?

— No, señora, desde los días de su
reclusión.

—Eran grandes amigos.....

—El desdichado!.... No lo frecuento para evi-
tarme un dolor inútil, ya que mi afectuosidad en
nada puede beneficiarle.

—Entonces, ¿está irremisiblemente perdido?

—Perdido para siempre.

Callamos. Un enervamiento contagioso flotaba
en la atmósfera suave de aquel crepúsculo de
fines de Abril. La pálida coloración del cielo uni-
forme, la inmovilidad perfecta de los árboles, el
profundo silencio comunicativo que previene el

descenso de las sombras—toda esa ausencia de vida patética en la naturaleza volvía el espíritu hacia las cosas lejanas y tristes.

Mi interlocutora, cediendo á la emoción del momento, provocaba los recuerdos dolorosos.

—Qué horror cuando se piensa en la infortunada Luisa que ha muerto creyéndole un gran culpable, tal vez odiándole! Y que lucha interna bárbara la de ese pobre obsedido! Lo espantable es la insidiosa llegada del mal, imprevista para uno mismo, sin ningún signo precursor, con la suma crueldad de no ser, siquiera, completamente inhibitoria de la razón... ¿Es posible semejante desharmonía en la naturaleza humana?

—Tout homme est revêtu d'invisibles cilices—respondí con Leconte.

Hubo un momento de silencio.

—Nunca me ha referido usted los incidentes de la tragedia...

—¿Quiere aterrarse?

—Creo que he dejado de ser una niña...

—¿Está usted segura de no seguir siéndola, á pesar de todo?

—No hablamos de mí—repuso con la más encantadora seriedad.

—Entonces ¿los desea?

—Los exijo—intimó sonriendo.

En el jardín las sombras descendían gradualmente.

—Debo rectificar una de sus reflexiones: los signos precursores no han faltado; solo que, en estos casos, el virtual encadenamiento de la vida los anticipa, muchas veces. á la del mismo enfermo. ¿Recuerda el carácter melancólico de la madre de Máximo. sus frecuentes paroxismos angustiosos sin motivos ostensibles de ningún género, que labraron su infelicidad y la de los suyos hasta el fin de sus días?

—Sí.

—Bien. Ese desequilibrio, redivivo en el hijo bajo la forma de la hiperestesia que malograra sus mejores aptitudes. hizo crisis con aquella escena tristísima que, gracias al examen de los profesionales y á sus propias declaraciones, ha sido fácil reconstruir.

Aquella noche, daban las ocho y Máximo seguía debatiéndose con su congoja sin decidirse á

volver á su casa. Desde la una, que llegara á la ciudad resuelto á consultar con el célebre doctor Biercold, habíala recorrido en casi toda su extensión, extraño al pululamiento de la calle, como un ausente, sin cumplir su propósito. A esa hora la de Florida volvía á animarse con la concurrencia de los grandes restaurants á la moda, y el tráfago de lujosos carruajes que conducían familias á los espectáculos públicos.

Máximo miraba, sumido en una especie de autopatía, á la multitud satisfecha y alegre que llenaba las aceras. Pero, al llegar á la Avenida, la visión de una pareja apretada en la tenue penumbra de un cupé, le asoció la idea de su joven esposa que debía esperarle inquieta por ese retardo inusitado.

—Es necesario—se dijo—que resuelva este conflicto absurdo.

Detúvose. Y como siempre que, desesperado, á fuerza de voluntad, se libertaba de su preocupación ansiosa, experimentó un tremendo cansancio, análogo al que sucede á todo paroxismo. Los músculos, tetanizados por la marcha incesante, comenzaban á relajarse dolorosamente, el estómago desvanecíasele de vacuidad, y, completando la

sensación de languidez general, apretábale la garganta un nudo atroz.

Dirigióse hacia el bar más cercano para pedir á la fugaz excitación del alcohol la energía agotada. pero la presencia de un guardia de seguridad infundióle un miedo imperioso. incoercible. Retrocedió sobresaltado, con la precipitación de los perseguidos. sin volver la cabeza, estremeciéndose á cada paso. Recién á las dos cuabras tuvo conciencia de ese temor pueril.

—¿Porqué huyo?—interrogábase aflijido —pero ¡yo me vuelvo loco!

Se descubrió. Durante varios minutos permaneció inmóvil. gozando de la fresca impresión con que el aire de la noche serenaba su frente caldeada. Aún persistía la ansiedad que oprimiera su pecho. más la razón ya aceptaba el discernimiento. Entonces como quien habla á otro, en pleno estado de dualidad. trató de convencerse.

¿Como era posible el temor de ceder á ese deseo inconfesable? ¿No quería á Luisa por encima de todas las cosas, más que á su vida. tanto como á un Dios? Porqué hacerla daño pues?... Aún suponiendo que no le abandonase el impulso exasperante. ¿No estaban su conciencia, su vo-

luntad para mantenerlo definitivamente extático? A caso por que, días anteriores, al hacerla distraído el moño de la corbata corriera el nudo más de lo necesario ¿debía dudar de sí? Oh! que absurdo!

—Volvamos á casa.

Así resuelto, después de comprar los diarios de la tarde, subió en el primer tranvía eléctrico que iba á la Floresta. Daban las nueve cuando llegó á Flores, casi tranquilo, interesado en la lectura de las últimas noticias. Pero en la estación, al cambiar de coche, volvió á inquietarse. Experimentó una sensación indefinible: algo así como un repentino obscurecimiento cerebral, al mismo tiempo que una onda dolorosa le recorría los músculos posteriores del cuello hasta la base del cráneo.

Muy pocas personas viajaban á esa hora. Un viejo labrador, desplomado en un banco delantero, quizás beodo, miraba enternecido su pipa apagada; atrás, dos jóvenes comentaban en voz alta mil frivolidades; y en el asiento anterior, una mujer de porte elegante leía una novela. Inconscientemente comenzó á examinarla. Debía ser bonita. La nuca, velada por leves rizos castaños, era graciosa, el cuello esbelto y fino.

—Que rara coincidencia!—pensaba Máximo—el mismo color de cabello que Luisa... La misma delicadeza de líneas... ¡Dios mio! ¿Porqué serán tan frágiles los cuellos femeninos?

De pronto se estremeció.

—¿Porqué pienso estas cosas?

Miró de soslayo á los compañeros de viaje y parecióle que tenían los ojos fijos en él.

—¿La habré tocado?

Esa duda alucinante, admitida sin ninguna reflexión, vino á exagerar de tal modo su interno suplicio que en la primera esquina descendió. Y se detuvo en la obscuridad con la mirada estupefacta fija en el coche que se alejaba horadando las sombras en medio de una fujitiva florescencia de chispas azules. Minutos después, sin deliberar, como un autómatas, encaminóse á su casa.

Junto á la verja encontró á Luisa agitada por la ansiedad de la espera, y un repentino escalofrío recorrió sus miembros.

—Por qué llegas tan tarde, Máximo?

—Me he entretenido con un amigo — contestó impasible, asombrándose él mismo de la espontaneidad con que mentía.

—Bueno, ven; vamos á cenar.

—No, perdóname; ve tu sola... deseo acostarme en seguida...

—¿Estás enfermo?

—Fatigado no más, ve...

—¿Sola? ah, no!

—¿Por qué?

—No, querido, no insistas... De todas maneras no tengo apetito... Acostémonos... Pero ¿por qué no me miras?

—¿Que no te miro?—dijo Máximo temblando de pies á cabeza al reparar que su mujer llevaba puesta la obsecionante corbata azul.

—A ti te pasa algo... No lo ocultes...

—No, Luisa, ¿por que negártelo?

—En ese momento entraban en las habitaciones no ya como de costumbre, en riente pareja, sino la una en pos del otro, de improviso distanciados por ese algo impalpable y hosco que preside las rupturas del espíritu. Al cruzar la pieza tocador, Máximo notó que su mujer no le seguía. De-

túvose indeciso, presintiendo la impresión penosa que esa frialdad debía causar en su sensible compañera. Entonces vivió los más turbadores instantes de hesitación. De un lado, los sentimientos de esposo amantísimo; de otro, la firme voluntad de evitar la más mínima circunstancia íntima que pudiera exasperar su delirio. Pero, al fin, triunfó el amor fortalecido con los recuerdos de los días felices, de las apasionadas caricias, traídos á su memoria por el testimonio de los objetos que lo rodeaban, y se volvió hacia ella rojo de vergüenza.

Luisa, inmóvil, contemplábele en silencio. Sus grandes ojos claros, muy abiertos, humedecidos con lágrimas que se esforzara en retener, brillaban como dos astros humanos; y el combado seno latía profundamente con amplias inspiraciones reveladoras de una congoja infinita. Ese dolor mudo, que parecía haberse concentrado en la expresión angustiosa de las pupilas, revivió en él tan intenso que, sobrepasando la agudeza de su tortura, hizole suplicar, mientras la tomaba de las manos.

—No te aflijas, Luisa... ¡por favor! ¿no vez como estoy fatigado?

—Sí, sí,—repetía ella—pero ni una palabra cariñosa, nada, ni siquiera me miras...

Máximo, invadido por una gran ternura, la acarició con vehemencia en los labios; y ella, ya más conforme, deseosa de retenerle, dijo:

—Pero antes tomarás una taza de te preparado por mí...

—Bueno—murmuró Máximo, á quien la inminente conjunción del beso lo entregaba de nuevo al paroxismo, mientras Luisa, en voz baja, oprimiéndole amorosa, añadía:

—...Y en castigo de tu retardo te condeno á asistir á mi tocado...

E interpretando un consentimiento en el silencio de su marido, separóse contenta, casi alegre, porque no pudo ver cómo á sus espaldas se retorció las manos.

Sentóse en un sillón que la lámpara de alto pie, velada por coqueta pantalla ambarina, dejaba

casi en penumbra. Un martilleo furioso destroza-
ba sus sienes y no sabia como ocultar su agita-
ción. El silencio era tal que se oía el canto del
agua que humeaba en la tetera sobre una mesita
colocada en el centro.

Luisa, después de avivar la luz, comenzó á despren-
derse la bata, enviándole por el espejo deliciosos mo-
hines de enfado. Máximo sonreía, pero su risa espas-
módica mejor semejaba un rictus que una expresión
afable. Y por más que se esforzara en no mirarla,
sus ojos espiaban todos sus movimientos con verda-
dera avidez. Vió, sacudido por hondas palpitaciones,
como deshacia el moño de la corbata que siguió con la vista hasta el respaldo de la silla
en que fué á caer; y aún después de oculta bajo
el corpiño y las otras prendas, la veía siempre,
flotando encima de ellas, cual si la tuviera gra-
bada en la retina.

Una pregunta de su mujer despertóle de esa
contemplación imaginaria. Esta había cubierto sus
hombros infantiles con un peinador de seda ver-
demalva cuyas amplias mangas, orladas con vuel-
tas granates, á cada movimiento ascendente deja-
ban desnudos los redondos brazos hasta muy
cerca de la sombra de las axilas. En ese momento

desataba los magníficos cabellos castaños que se desparramaron, como una onda cálida y compacta, por la espalda hasta más abajo de la cintura, y, por delante, divididos en dos opulentos haces que seguían los bordes del entreabierto peinador, inundaron su alto seno agitado bajo la batista transparente. Durante unos minutos deleitóse contemplándola aureolada por mil raros efectos de luz. Su cabellera resaltaba con brillazones doradas que recorrían toda la gama de los matices—desde el pálido auricalco hasta el sangriento bronce batido—sobre un fondo de cambiantes luminosos entre los que predominaba el verde amarillo de los crisoberilos. Y como la luz incidía lateralmente, su rostro se retrataba en el espejo con una parte muy esclarecida y la otra en una zona oscura que descendía hasta el cuello. cuyas líneas, esfumadas entre las circundantes crenchas, le daban tan increíble fineza que se hubiera pensado en un frágil tallo sosteniendo una de esas extrañas flores del trópico hechas de luz y sombra.

Sin poder evitarlo, Máximo ya no apartaba los ojos de esa débil garganta que se le aparecía ceñida de una cinta azul que luego era violácea. luego roja, de bordes nítidos como los de un ne-

vus. Y bajo la influencia de esa alucinación, una ola de placer siniestro recorriale las venas, irrigaba su cerebro en cuyo centro sentía fluctuar un núcleo vagamente doloroso. Una sed de agonía quemábale el paladar, y los ojos, propulsados de las órbitas por la fuerza de la mirada, dolíanle á intervalos con punzados lancinantes.

Ya no luchaba; al contrario, dejábase poseer con voluptuoso espanto por el deseo de oprimirla. De su yo—casi abolida la actividad psíquica—á penas persistía un resto de conciencia pasiva, expectante. Y cuanto más lo tencionaba ese ímpetu cruel, imperioso como un instinto, generábase en su espíritu una asombrosa agudeza para percibir los más mínimos detalles materiales. Así, de todo el cuerpo de su mujer, solo el cuello, fino y redondo, atraíale con la fuerza de un maligno hechizo simpatista, de una fascinación sensorial. Y era tanta la vehemencia en su orgasmo que, á la mera idea de aprisionarlo, su sensibilidad hiperexcitada transmitíale alucinaciones físicas: ya se le ahuecaban las manos en cuyas palmas tenía la sensación anticipada del contacto.

A ese punto, creyendo Luisa que la examinaba así por curiosidad, le dijo:

—Sí, sí; ya puedes mirar... todavía conservo la señal de tu descuido.

—¿Cierto?... —preguntó Máximo con voz ronca, mientras su razón desaparecía en el oscuro vértigo de lo irresponsable.

—¿A ver?

—Mira,...—añadió la infeliz, acercándole el cuello en cuya piel láctea percibiase una pequeña mancha cárdena cual la que deja la prolongada succión de un beso.

Máximo no vió nada, no sintió sinó que la impresión de contacto en las palmas de las manos era más intensa, y que sus músculos se contraían en un esfuerzo consolador.

—¿Se imagina usted—pregunté interrumpiendo el relato—todo el horror, la inaudita confusión de ideas y sentimientos que experimentara Luisa en aquel minuto al ver á su esposo, á quien amaba con delirio, siniestramente transfigurado, ahogándola sin piedad?

—Continúe...—respondió despacio mi interlocutora.

—Cuando volvió en sí aun conservaba apretado el cuello de su joven esposa, que presentaba, esta vez como un collar. la franja cianótica producida por la presión de los dedos. Loco de desesperación quiso reanimarla. pero la desdichada ya había expirado á causa de uno de esos reflejos nerviosos que acarrear la muerte antes que la asfixia. En su rostro exangüe. los grandes ojos inmotos con las pupilas desmesuradamente abiertas, mirábanle opacos como dos astros apagados...

—Lo demás usted lo sabe:—concluí—la desesperación apresuró la demencia precoz de ese pobre amigo.

Mi oyente no contestó. Con la mirada perdida á lo lejos parecía seguir el vuelo lejano de su pensamiento.

De pronto. estremeciéndose de modo casi imperceptible, dijo:

—Ha refrescado mucho, entremos...

Bajo nuestros pasos, mientras nos alejábamos en medio de los árboles inmóviles, crujía la arena del camino.

El Pensamiento Oculto



A tarde era en extremo calurosa. No llegaba el sol hasta ese retiro delicioso de la umbria isleña, pero en el ámbito, perfumado por la floración de octubre, los vahos de los matorrales palustres condensábanse en una atmósfera emoliente conmovida á intervalos por rachas tórridas saturadas de polen.

De improviso, interrumpiendo su lectura, dijo Saul:

—¿Oyes?... una embarcación se acerca...

Mis oídos aguzados no percibían otra cosa que la levisima caída de pétalos en el membrillar circundante, cuyo intrincamiento impedíanos ver más allá de la rambla.

—Creo que te engañas contesté...

Saúl escuchaba, fijos los ojos en la superficie serena, para sorprender las primeras ondulaciones circulares con que se anuncia la proa. Esa repentina expectativa debíala solamente á su ansiedad mórbida, ya que rara vez surcaban las aguas muertas del Gambado cuya función fluvial, fuera de la muy romántica de reflejar las márgenes risueñas, limitábase á la de una simple vía doméstica. Ya íbamos á reabrir los libros, cuando un ladrido cercano diónos la evidencia de que alguien se aproximaba.

—Ha de ser Jack que persigue las nutrias.

—No replicóme—vuelve con Natalio, del Tigre. ¿No oyes claramente ahora?

En efecto, rasgando el pesado silencio de la isla, llegó hasta nosotros el ruido rítmico peculiar de los remos en los escálamos.

—Ahora sí—confirmé:—pero ¿por qué palideces? Convinimos en que ya no deberías esperar nada.

—No espero nada, hoy como ayer...

Minutos después una ligera conmoción del agua rompió el espejo que retrataba la glorieta y, guarnecida de una orla de espuma, apareció la proa de la Cleonice con Natalio, y su fiel terranova.

El viejo servidor detuvo la angosta canoa asiéndose de una rama yacente mientras llevaba la otra mano, agitada por temblores incoercibles, hasta su gorra de punto.

—¡Buenas tardes, patrón!—saludó.—Hoy no ha sido del todo mala la bogada. Cuando sopla el sudeste ya se sabe... el Gambado repunta y tiene agua hasta para un vapor...

—Está bien...—interrumpióle, para cortar su incoherente charla de ebrio consuetudinario.

—¡Palabra de honor! Apuesto que cerca del Laura tenemos, por lo menos, cuatro brazas... ¡Ese es el sudeste, patrón!

Y como sólo obtuviera un gesto de fastidio, añadió con socarronería, registrándose el seno:

—También dicen que suele traer buenas noticias...

No había terminado la frase, cuando Saúl esperaba ya en la escalerilla, el brazo extendido, estremeciéndose de los talones á la nuca.

—¡No lo decía yo! es el sudeste... Bueno, aquí está... Huele como un jazmín...

Y le alcanzó un estrecho sobre, color violeta, que en su mano áspera y tostada adquiría una incomparable suavidad.

—Bien, déjanos...

—¡Oh! ya lo sé... Ahora el viejo está de más...

—rezongó el botero al inclinarse hacia las bordas para tomar los remos.

Cuando la lancha hubo desaparecido tras el recodo, el primer impulso de Saúl fué buscar en el dorso el monograma; y una vez cerciorado, quedóse rígido y pálido como una estatua.

—¿De ella?—pregunté.

Volvióse pausadamente, y como si despertara del más inverosímil de los sueños, dirigió alrededor una mirada estupefacta.

—Sí—dijo, en tanto guardaba la esquila.

—¿Que haces?... ¿Por qué no lees?

Titubeó un momento y luego añadió:

—Tienes razón, hago cosas de loco...

Yo sabía el gran peligro de una impresión muy fuerte para ese cerebro atribulado que algunos signos premonitores condenaban ya á la demencia precoz, de modo que comprobaba sus progresivas emociones con una especie de temor piadoso. Cuando terminó la lectura, asombraban la palidez de su rostro y la inmovilidad de sus manos.

—¿Vuelve?

—Sí, viene mañana; pero como siempre, como yo no la quiero, entérate...

La delicada cartulina decía así:

•He recibido todas tus cartas; las esperaba aunque no en ese tono, y sólo contesto la última por que es la única precisa. Si, es necesario que tengamos una conversación franca, decisiva; mejor dicho: es necesario que me expliques el misterio de los últimos meses, porque yo no comprendo nada, no sé nada... Confío en que serás bueno no torturándome inútilmente: te bastará con ser justo. Mañana, pues. saldré en el tren de las 9.10 a. m. He logrado convencer á mamá de que debo ir sola.—*Maria Rosa*•.

—Y ¿de qué te quejas?—pregunté, devolviéndole la tarjeta.

—¡Cómo! ¿de qué me quejo? ¿Así habla la esposa que desea reconciliarse?

—¡Si eres tú quien debe hacerlo!... Ella es la ofendida...

—¡Ah! conque ¿ella es la ofendida? ¡la ofendida!—repetía presa de su inquietante ecolalia.—¿Yo soy el culpable? ¿Todo ha sido capricho mío, no?

—Cuando yo, tu mejor amigo, el único, ignoro las causas que te indujeron á esa inexplicable separación—exclamé—debo creer que Maria Rosa dice la verdad, que no han existido...

—Te equivocas—replicóme con vehemencia;—
te equivocas: existen. Las oculto porque, para admitirlas, sería menester que vivieses en mí. que fueses yo, y que la amaras como yo la amo...
En tus condiciones no...

—¿Ni aun definiendo enteramente tus agravios?

—¡Quién sabe!

—No obstante, bastaría demostrar que no ha sido la esposa perfecta...

—Demudóse hasta quedar lívido, y dijo:

—No, no ha sido.

—¡Imposible!

—¡Tú no puedes comprender!

No insistí, temeroso de una de esas crisis delirantes, seguidas de períodos de increíble estupor, que tan amenudo lo exasperaban. El solo recuerdo de su secreto drama íntimo transfigurábalo dolorosamente y su angustia era tan bárbara, que yo la sentía como un efluvio en el aire que respiraba, contagiándome al punto de irritarme el verdor de la fronda y el blanco florecimiento del membrillar... Nunca he tenido más clara conciencia de la implacable impasibilidad de la naturaleza ante el dolor humano.

—Escucha, ya que me obligas...—dijo.

Bajo su mirada no pude reprimir un calofrío de espanto como si me alcanzara no sé qué maleficio, y hubiera deseado encontrarme lejos, muy lejos de allí. No me arredraba la revelación inminente, sino la posibilidad de asistir á la definitiva catástrofe de su espíritu.

—Sabes como la quiero, no puedo decir que la haya querido más... pero bastaba su presencia para inundarme con regocijos como no experimentara en las exaltaciones más fervientes de mi arte... Y tú sabes cómo, cuando nos unimos, puse á contribución todo lo que en mí era inteligente y afectuoso para rodearla de venturas sin nombre... tú sabes...

—Sí.

—Bien. Imagínate ahora, si puedes, con qué sobresalto de horror descubriría que mi felicidad era adventicia; que siendo ella una divina criatura de pasión y ensueño, su vida ideal no me pertenecía; y que lo que yo llamaba su amor, no era sino el reflejo de mi propio estado de alma, tan intenso para objetivarse y dar la ilusión... ¿Comprendes?...

—Sí—contesté sugestionado.

—La reserva, el retraimiento de los primeros

días, atribuílos á su exquisita sensibilidad; recordaba. para engañarme á mí mismo, que hay una flor misteriosa que no puede tocarse sin que pliegue sus delicados pétalos. Pero, con el tiempo, tuve que confesarme, amargamente, que su vida interior me era impenetrable. Aún en las horas más efusivas externábase de ella algo hostil... No sé explicarte, hay cosas que sólo se sienten... ¿No has adivinado. á veces. antipatías bajo las sonrisas?... Así, yo, esa incompatibilidad moral, profunda, como el abismo, bajo su frente hermética... Si se tratara de una impassible, no podría quejarme sino de mi suerte...: pero María Rosa está dotada de todas las potencias, su cerebro es fértil y su corazón afable como ninguno... ¡Siempre, siempre, rehusábaseme su espíritu!... ¿Quieres un detalle?... Mira: cuando me propuse retratarla, los cuadros me resultaron simples calcos...

—¡Pero, no—grité—si has! hecho uno admirable en el que está viva, palpitante...

—Te parece, te parece... No es *ella*; allí no hay más que su espléndida figura...

—¡Y si te engañaras! ¿Bastan, acaso, esas fútiles apariencias corporales?

—Sí, porque, créeme, nada se realiza en los

cuerpos como si no tuvieran almas... En fin — concluyó—lo que tu esperabas era el hecho tangible, la circunstancia fatal ¿no? También la tuve en una de mis noches de vigilia... Fué en este invierno. poco antes de separarnos. María Rosa dormía profundamente. y en el tibio recinto de la alcoba su respiración tranquila ritmaba el silencio favorable á mis dudas. De pronto la siento agitarse; sus manos se crispan sobre las sábanas. y oigo que. con inaudito timbre de dureza. dice: «Déjame!». Quedé inmóvil, atento, para proporcionarme el acre placer de un espionaje espiritual, y con movimientos cautos giré la cabeza para mirarla bien en la cara... Siempre he de acordarme del pliegue adusto de su ceño y de la obstinada contracción de la boca... En ese mismo instante, con los dientes apretados, repitió: «Déjame!». ¿Comprendes todo el poder de revelación de esa sola palabra? No eran incoherencias, no eran caprichos imaginativos, sino el recuerdo distinto de una escena vivida quien sabe en qué circunstancias patéticas. Ese laconismo preciso é insistente, la expresión de la fisonomía, todo, denunciaba el suceso real anterior... ¿No crees?

—Sí, sí — convine desolado, comprendiendo la

inutilidad de contradecir tal desvarío; y continuó:

—Senteme en la cama para sacudirla, despertarla, pero no tuve valor... Después sentí vergüenza como si violara un secreto ajeno y lloré en silencio. Desde esa noche no quiero decirte lo que fué mi vida. ¿De qué me valían su bondad, sus atenciones, sus caricias, tal vez sinceras, si me vedaba su pensamiento? Mil veces subió á mis labios la pregunta torturadora que no llegué á formular... Y tuve que convencerme de que jamás, jamás, llegaría á saber nada... ¿Concibes tormento más atroz? ¡Ah si hubiera podido sorprender en su frente límpida, en sus ojos imperecederos, una sombra repentina que la traicionara! Pero no, cuanto más la observaba, sus facciones adquirían la inmovilidad de una máscara graciosa... ¡Como saber, Dios mio! En aquellos dias fragüé planes audaces para alcanzar mi propósito... Pensé en los medios que pudieran, en vida, libertar su pensamiento de la vigilancia de la voluntad... Me decidí por el alcohol, luego por el hipnotismo... mas, faltáronme resolución y serenidad... ¡Figúrate si durante la odiosa experiencia hubiera tenido que presenciar un raptó de desenfreno orgánico!...

No pude contener una exclamación de horror; y Saúl, extendiendo los brazos, me detuvo:

—¡Calla, calla!... Sé lo que vas á decirme: eran ideas perversas, execrables... Pero yo necesitaba saber, á cualquier precio, necesitaba la gran alegría de no dudar más, de la plena posesión de la verdad...

No pude ni debía contestarle, ya que el delirio se sistematizaba en un proceso demasiado evidente.

En ese momento el sol moría. Por los huecos multiformes del follaje distinguíase en el horizonte un fulgor violáceo que en tonos graduales se tornasolaba con el rojo, el anaranjado, el rosa, hasta degradarse en el intenso azul. Extrañas sombras movibles fluctuaban entre los árboles; bandadas de sanguinarios mosquitos subían de las paludes vecinas; y bajo el cielo solemne, de una serenidad desesperante, Saúl permanecía con los brazos abiertos en actitud deprecatoria...

Fué necesario que le tomara de la mano, como á un niño, para obligarle á regresar; de tal ma-

nera le incapacitaba su pertinaz negativismo. Luego, escoltados por las sombras, cruzamos el bosque en dirección al pequeño chalet de madera que el había denominado *Helianthus*. La sensación de soledad érame tan embargante, que experimenté el alivio de una ayuda imprevista cuando, al cruzar el rústico puente sobre la zanja que servía de varadero, distinguí á la vieja Palmira y á su hija afanándose en sacar á tierra la *Cleónice*. La endeble mujer hacía esfuerzos desesperados para arrastrar la ligera embarcación por una cuerda atada en la proa, mientras Cristina, en el agua, con las faldas recogidas hasta más arriba de las rodillas, empujaba con sus débiles brazos. Ocurrióseme entonces que Natalio podría servirme de compañero esa noche, en previsión de que Saúl empeorase, y pregunté de él:

—Allá está durmiendo—dijo Palmira con ademán cansado;—mejor! así nos deja tranquilas...

Tuve pues que resignarme á afrontar solo, cualquier eventualidad; pero en el camino tracé mi plan para el día siguiente. A primera hora mandaría un telegrama á Carlos Berthenoi previniéndole el estado de su hermano; luego, apenas llegase María Rosa, ingeniáramos una estratagema

para conformar su obsesión. Durante todo el trayecto, Saúl no desplegó los labios. Marchaba maquinalmente, y de vez en cuando sacudían sus miembros convulsivas contracciones. Sólo al llegar á la casa rompió su mutismo, mientras esperábamos afuera que Cristina encendiese las lámparas en las oscuras habitaciones.

—¿Que dijo esta tarde Natalio?

—Nada — contesté. — Estaba ebrio, como de costumbre, y dijo mil disparates...

—Si, ya sé, pero... trajo algo...

Era imposible, y quizá contraproducente seguir negando.

—¡Ah! sí, una carta.

—¿Donde está?

—Debes tenerla en el bolsillo.

—Es cierto.

—Pero, y Cristina ¿que hace?—exclamé para no satisfacer esa amnesia mortificante.

Por fortuna la muchacha llegó corriendo, perseguida por Jack que trataba de morder las ligeras faldas, y entramos en el vestibulo sin que volviera á acordarse de lo ocurrido. Desde ese momento siguió muy tranquilo, al punto que nadie hubiese creído que esa tarde tocara los límites de

la locura. Estaba un poco pálido, persistíale cierta torpeza en los movimientos, pero su estado era casi normal. Después de comer se ocupó en el cuadro que comenzara esa mañana (un paisaje crepuscular de los alrededores), hasta las diez, hora en que nos separamos. No obstante, no me hacía ilusiones; al contrario, esa tregua, por su carácter determinante, confirmaba mis alarmas.

Como la noche era templada y luminosa, antes de acostarme, salí á fumar un cigarro. En el jardín la calma era completa. Bajo la claridad lunar la isla adquiría el aspecto encantadoramente fantástico de un viejo grabado. El viento, suave como una brisa, traía desde un almácigo cercano el fuerte aroma de las fresias; y la sensación de quietud fuera inefable á no intervenir el áspero chirrido de un grillo que exasperaba á intervalos el monocorde concierto de las ranas. Pero un destino trágico debía cernerse sobre aquel rincón de delicia porque vino á turbar mi deleitamiento otra escena tan inesperada como dolorosa. En la vivienda del botero, al otro lado del parque, acababan de encender luz, y, casi en seguida, oyéronse gritos destemplados, imprecaciones y amenazas, á los que respondía Jack con agudos ladri-

dos. Por más que supiera la frecuencia de esas riñas, debidas casi siempre al alcohol, la hora y los sucesos del día me sobrecogieron hasta la inquietud. Los gritos se complicaron con llantos de mujeres, y de pronto, como una explosión, abrióse la ventana en la que aparecieron, medio desnudos, Natalio, como si quisiera precipitarse, y Palmira y Cristina, que lo contenían llorando. Todo fué ver el perro que gruñía afuera, para extremarse el el delirio del pobre hombre.

—¡El lobo! ¡el lobo! ¡quítlenme ese lobo! —gritaba el infeliz,—¡el lobo que muerde!

No pude más, y tapándome los oídos, me volví á todo correr hacia el chalet. Temblando, fui á cerciorarme si Saúl se había despertado; felizmente su depresión era tan grande, que no sintió nada. Poco á poco apagáronse las voces y volvió á reinar el silencio de muerte, pero pasó mucho tiempo antes de dormirme. Y fueron, á no dudarlo, macabras extravagancias del período prehipnico las que me representaron, en atroz pesadilla, una escena análoga. aunque cambiados los protagonistas: el difunto señor Berthenoi, con su gran cabellera blanca en desorden, quería arrojarse desde un balcón donde lo sujetaban sus dos hijos Carlos y Saúl.

Amaneció un día soberbio, radiante. Por la ventana entreabierta penetraba, con un rayo de sol, ese aire sutil de primavera que ensancha los pulmones y vivifica la sangre. A lo lejos, en el fondo purísimo del cielo, las copas transfloreadas adquirían resaltes de altos relieves. En los ríos, hacia la Isla del Toro, hacia Carapachay, aullaban estridentes sirenas; y la impresión de júbilo era tan contagiosa, que las circunstancias del día anterior, á pesar de su proximidad, se esfumaban en mi memoria con vaguedades de relato fabuloso, casi olvidado. Pero la realidad se impuso bien pronto, apenas abandoné mi pieza. Como no encontrara á Saúl, pedí informes á Cristina mientras me servía el desayuno. Supe por ella que desde temprano, casi al amanecer, se había encerrado en su estudio. Juzgué el momento propicio para telegrafiar á su hermano y le dije que llamase á Natalio. El viejo botero hallábase sumido en un profundo sopor que, como otras veces,

amenazaba durar todo el día. Decidí, pues, despacharlo yo mismo, más tarde, cuando fuera en busca de María Rosa, y en seguida fui á ver á Saúl. Le encontré sentado al caballete retocando el cuadro comenzado el día anterior. Ya no era posible la duda; el pobre muchacho no estaba en su sano juicio. Del admirable paisaje sólo quedaban algunos detalles topográficos: el arroyo y la barranca. Todo lo demás había sido reemplazado, en pocas horas de ejecución febricitante, por una pradera fantástica en la que se desarrollaba la flora más extraña y promiscua.

En primer término, casi desaparecía el arroyo bajo una profusión de incognoscibles plantas acuáticas carnosas y flácidas; en lugar de los sauces llorones de la ribera, asombraban arbustos raros pubescentes y espinosos; y en los planos sucesivos, hasta la línea lívida del horizonte recortada por álamos escuetos, extendíase un césped luminoso como el kuskus del Brasil, del que surgían, entre rígidos gladiolos, iris enormes, blancos y azulcenicientos; lirios luminosos y tulipanes, y sobre toda esa vegetación de pesadilla triunfaba la flor resplandeciente del hiosciamo.

Cuando notó mi presencia volviósese con entusiasmo y dijo:

—¿Qué te parece, eh? Esto si que es arte y no la estúpida copia de ayer.

—Es cierto—respondí tratando de evitar su mirada—pero no debes fatigarte...

—No, déjame; voy á dar los últimos toques, y, en seguida, á la estación.

—Es inútil que te apures por eso; iré yo. De todas maneras no cabemos cuatro en la *Cléonice*.

—¿Cómo cuatro? Natalio no puede venir... lo supe esta mañana. El hombre ha bebido ayer como una bestia, y hoy está en cama.

Después de una pausa añadió:

—Ese va á concluir loco... ¿no crees?

—Si sigue así...

—En fin, yo voy á remar, quiero hacer ejercicio... ¡Si supieras qué fuerte, qué joven me siento hoy!

Me volví para que no me traicionase el semblante y encontréme, de improviso, frente al retrato de María Rosa, descubierto de la tapicería que de ordinario lo ocultaba.

—Bueno, ya estoy—dijo arrojando sobre el taburete pinceles y paleta—ya son las nueve: salgamos.

—Falta una hora todavía—insinué para hacer tiempo y disuadirlo.

—No importa, iremos despacio; la mañana se presta...

¿Qué hacer? Resistirme, obligarle á todo trance á no salir? Era provocar indefectiblemente una crisis... Adopté el temperamento de acompañarle y esperar, si el destino lo quería, el minuto favorable para salvarnos todos.

A cien metros del jardín, bajo los limoneros de la costa, estaba amarrada la *Cleónice* desde temprano, por orden suya. Subió él primero y tomó los remos. Yo me senté en frente. Las aguas del Gambado, como siempre tranquilas, tomaban esa mañana un reflejo metálico amarillento que un rayo de sol hacía resplandecer, á trechos, como finísimo glacé. En algunos puntos el cauce era tan estrecho, que los remos rompían los juncos de las barrancas; y en otros tan exiguo que la quilla araba el limo del fondo. Y á los dos lados una valla selvática no interrumpida de sauces, de álamos, de membrillares en flor, que nos permitían bogar á la sombra. Saúl remaba con trabajo y gruesas gotas de sudor caíanle de la frente.

—Déjame á mí, estás cansado.

No obtuve respuesta.

—¿Oyes? déjame á mí... ¿En qué piensas?

Sacudió la cabeza como quien rechaza una pre-ocupación fastidiosa. y respondió:

—No vale la pena. ya vamos á llegar al Luján.

Quedóse silencioso unos minutos y luego dijo:

—¿Sabés en qué pienso?

Me arrepentí de haber hecho esa pregunta tan natural.

—Pienso en qué parte se encontrará mamá á estas horas...

—Sin embargo. sabes muy bien que no debes pensar en eso...

Era un triste recuerdo de esa desgraciada familia en la que abundaban peripecias lamentables. La madre. aun joven, había desaparecido no bien enviudara. sin que nadie supiese donde y cómo vivía. Y era el fondo neurótico de sus padres, en especial el materno. la causa de las tribulaciones de ese pobre amigo por quien sentí en ese instante una lástima infinita.

—No cruzamos otra palabra hasta nuestro arribo al Tigre. En la estación tuvimos que esperar algunos minutos la llegada del tren y fué entonces cuando Saúl pareció acordarse del objeto de nuestro viaje.

—¿Qué le digo cuando llegue?—preguntó. repentinamente inquietado.

—Qué le vas á decir... Abrázala.

—Y si me rechaza...

—¡No, hombre, qué cosas se te ocurren!

A la hora señalada llegó el convoy de la ciudad. Pocos eran los pasajeros que traía, de modo que en el acto distinguí á Maria Rosa, de pié en el andén, buscándonos con la mirada. Al vernos contuvo un ligero sobresalto y se adelantó despacio. Yo temblaba por lo que iba á pasar: Saúl parecía confuso é indeciso, y se saludaron con un frío apretón de manos. El momento era embarazoso, y traté de decir algo.

—¿Ha ordenado ya que retiren su equipaje?...

—No lo traigo, porque debo volver esta misma tarde—respondió con una sonrisa que ocultaba mal su emoción.

—Entonces nos embarcaremos en seguida...

E. intencionalmente, me adelanté para dejarlos solos: así lo requería mi delicadeza de testigo forzado. Ocuparon los dos únicos asientos de la popa, recubierta por una roja alcatifa, y yo empuñé los remos. Perdía, pues, la primera oportunidad para ponerla sobre aviso. Durante el camino apenas conversaron: Saúl parecía abstraído, y la palidez de Maria Rosa denotaba claramente su

violenta situación. Nunca la encontré más seductora. Vestía un sencillo traje de hilo crudo, sin adornos, modelado sobre el cuerpo soberano. Sin otro artificio que la graciosa postura, adornaba sus lacios cabellos un gentil pajizo «Panamá» de cuya ala anterior, inclinada, descendía, tenso hasta el fino mentón, un leve tul azafranado que recogía en lo alto, tras de la copa; y la ausencia completa de pendientes y sortijas era una prueba de su buen gusto y de su escasa coquetería. Su alhaja habitual, única, llevábala suspendida del cuello por una fina cadenita. Consistía en un iris de oro muerto, regalo de Saúl, cuyo tallo, flotante sobre la firme turgencia de los senos, terminaba en una hermosa crisólita. A menudo jugaba con ella su mano delgada y exangüe, digna del lápiz de Mucha.

De propósito detúveme en el exámen del rostro que Saúl llamara «graciosa máscara». Era de una indescifrable expresión preocupada, más bien delgado y de piel tan blanca y fina, que se traslucían las venas. Su perfil era de una nitidez laminar. Tan sólo los ojos parecían extraños: grandes, rasgados, afectaban coloraciones raras. Las pupilas negras, y lucientes, estaban rodeadas de círcu-

los color café, salpicados de levisimas manchas amarillas que no se distinguían á la distancia, simulando dos discos de azabache engarzados en venturina. Complicaban esa apariencia hostil las cejas finas, casi rectas, y la franja azulada de las ojeras. Pero bastaba el reflejo de su sonrisa para desvanecer esa impresión adusta. Los labios eran finos, y el inferior, un tanto belfo, recordaba el estigma familiar de las inquietas princesas de Austria.

Sólo cuando enfrentamos el arroyo pareció tranquilizarse, y se volvió para mirar, con aire de desconfianza, la amplia corriente del Luján que dejábamos.

—¡Qué fresco hace aquí!—suspiró sumergiendo la mano.

—No tanto ahora — respondí, el sol está muy alto...

Saúl limitóse á afirmar con la cabeza. Ese mutismo inquietábame sobre manera como signo de su lucha interna. Varias veces inicié distintas conversaciones para romper la tirantez de la escena, pero sin resultado. En semejante condición de ánimo llegamos á la isla.

Cristina acompañó á María Rosa á las habita-

ciones para rehacer su tocado y apenas quedamos solos, dijo Saúl:

—¿Te convences ahora?

—¿De qué?

—De su orgullo...

—No, al contrario...

—Y entonces ¿por qué se vuelve esta tarde?

¿Para qué viene?

Inútiles fueron mis tentativas para hablar á solas con María Rosa. Con un pretexto ú otro, Saúl no la abandonaba; fuera de que la prudencia me me exigía ser cauto en mi difícil y equívoco papel de personaje convencional. Pero á la hora de la siesta me retiré á mi aposento, casi tranquilo, por que los dejaba en animada plática que bien podía llevarlos á la definitiva reconciliación. Las emociones sufridas, el violento ejercicio del remo rindiéronme á un sueño reparador. Cuando desperté daban las cinco, y con cierta inquietud, fuí

á reunirme á los esposos. No debía fiarme de las apariencias. sobre todo si Saúl estaba atacado de la psicosis que yo presentía, en la que se alternan. sin transiciones, bruscamente, los períodos paroxísticos y de depresión. Los encontré en el vestíbulo, alegres. sonriéndose como dos prometidos en vísperas de su unión. No puedo expresar la alegría que me invadió ante ese cambio feliz. que tal vez salvaba dos vidas y me eximía de una responsabilidad atroz. Me reproché mi precipitación de juicio. que iba á curarme, á buen seguro, del diletantismo médico al que era tan afecto. Un amable incidente, que se produjo enseguida, vino á confirmar mi fracaso. María Rosa quería prepararse para tomar el tren de las seis. y Saúl empeñábase en retenerla.

—Si he prometido á mamá que volvería...

—Le enviaremos un telegrama...

—Yo mismo lo expediré—añadi, acordándome del que debía enviar á Carlos Berthenoi.

—No, no se empeñen... Tú la conoces, Saúl, y sabes que no se tranquiliza tan fácilmente. Cuando te digo que vuelvo mañana con ella...

—A lo menos quédate á cenar.

—¿Y á qué hora me voy?

—A las siete y media; yo te acompaño y mañana volvemos todos juntos, en familia.

Yo deseaba que María Rosa no consintiese, pero al fin cedió, instada por sus ruegos.

Comimos temprano, y la reconciliación era tan franca, que, olvidándose á veces de mí, entregábanse á efusivos transportes que yo presenciaba con algún embarazo.

—Bien decía Natalio—exclamé á raíz de uno de ellos.—que cuando sopla el sudeste llueven bendiciones sobre las islas...

—Cuando dijo eso Natalio...?—preguntó Saúl, mientras María Rosa se ruborizaba.

No, contesté, dándome cuenta del error que cometiera al recordar la escena del día anterior para hacer una frase espiritual.

—¡Ah! ya recuerdo—añadió palideciendo.

—¿Cuándo?—insistió ella.

—Ayer, al recibir tu carta.

—Debe ser un buen hombre ese Natalio, á pesar de su feo vicio...

Ninguno de los dos contestamos. Minutos después nos levantábamos para embarcarnos.

Aun persistía en el horizonte un vago reflejo solar, y la luna ya rielaba en el firmamento; y

entre esas dos luces indecisas de los crepúsculos primaverales, propicios para los ensueños, nos dirigimos á la costa de los limoneros, completamente invadidos por la noche. A esa hora la isla parecía convertirse en un edén: los árboles, las casas, el arroyo, casi esfumados, adoptaban apariencias irreales; en el ambiente húmedo flotaban violentos perfumes de rosas, de fresias y diosmas; y el silencio era tan absoluto, que llegaban hasta mí como un murmullo las palabras apasionadas de los esposos.

—Tienes las manos frías...

—Las tuyas queman... ¿Estás enfermo?

—No.

—¿Frecuentas estos sitios?

—Casi todas las noches.

—Vendremos juntos.

—Sí, María Rosa.

—¡Oh! mira: ahí está Jack, llámalo...

El perro llegó jadeante, insistiendo con excesivos movimientos de cola en demostrar su perenne fidelidad.

Al embarcarnos ascendió en la noche serena una voz lejana y varonil entonando un canto pausado, mecedor. Seguramente era algún isleño de los

que llevan en barcas chatas sus cargas de fruta ó de leña hasta San Fernando, que alegraba la lenta travesía con una estrofa popular:

*Liseta varda come la luna
Argento piove su la laguna;
No ghe una nuvola, xe quietto el mar...
Andemo in gòndola à respirar.*

Eran las notas largas, ligadas de la barcarola, sin otro acompañamiento que el compás de los remos. La letra fácil, la entonación modulosa del dialecto veneciano, tan difundido entre los pobladores, subyugaban con el encanto de algo ya imaginado, ó como el recuerdo de un sueño.

*Là podaremo soli, soleti
Parlarse, o cara, dei nostri affetti...
Là podaremo fra cielo e mar...*

Con la última nota, que el eco repitió claramente, cesó la voz, y con ella, la fascinación; pero en el alma de todos había despertado una melancolía sentimental. María Rosa, en una extrema lasitud, llevaba una mano sumergida en el agua pavonada, y con la otra acariciaba á Jack. No así. Saúl, que con los ojos fijos en las estre-

llas, como un astrólatra, parecía obsesionado por una idea fija que le obligase á estremecerse repentinamente.

Volví á temer uno de sus accesos, y no perdía de vista ninguno de sus movimientos. Embargábase un malestar creciente: hubiera deseado encontrarme libre de los remos, en una embarcación más grande, en compañía de otros... Por instantes agravábase su ansiedad; volvía la cabeza hacia una y otra orilla, tanto que llegó á notarlo María Rosa y le preguntó con cariño:

—¿Qué sientes?

—Siento la noche.

Volvióse como para abrazarla, y sin que yo tuviera tiempo para incorporarme, la arrojó al agua. El espanto de la pobre mujer debió ser tal, que no pudo proferir ni un solo grito...

—¡Qué has hecho, loco!

—¡No piensa más! ¡no piensa más!—repetía como un idiota.

Instintivamente el perro habíase lanzado detrás de María Rosa. Esta reapareció, casi en seguida, sin necesidad de su ayuda, con el agua hasta la mitad del busto. En el primer momento no dijo nada: mirábanos, atónita, con los ojos enorme-

mente abiertos, y el miedo le hacía temblar de una manera lastimosa.

—Suba—balbucí—suba...

Entonces, con la entonación más despreciativa que haya azotado mis oídos, pausadamente, dijo:

—¡Cobardes!... los dos contra una mujer... ¡qué grandes cobardes!

Ni en los anteriores ataques de Saúl, ni en su reciente impulso criminal, ni nunca en mi vida he sentido mayor impresión de horror que á la idea de que María Rosa me creyera complicado en el propósito de su muerte. Miré á Saúl para invocar su testimonio, pero permanecía inmóvil, inconsciente. Mientras tanto María Rosa, seguida de Jack, había logrado trepar por la barranca. Asiéndose de las ramas llegó hasta el borde abierto y se detuvo para tomar aliento. Y en la zona luminosa por un segundo se destacó su espléndida figura que las ropas adheridas por el agua modelaban en su plena morbidez.

—¡María Rosa... por favor!—imploré.

Volvió á mirarnos, estremeciósese toda, y echando á correr, dijo:

—¡Cobardes!... ¡los dos!

Mademoiselle Gavroche



ESTE relato. Señora, lo tuve de propios labios del doctor Biercold, y es uno de los pocos cuentos de su repertorio que puedan escuchar, sin excesivos rubores, oídos femeninos. Y créame, que tan sensible exclusión de auditorio llegara á desesperar á ese famoso diseur si no le asistiese la seguridad de que. á su muerte, el florilegio que con ellos se haga será en pequeño formato y de tapas finas. para que las furtivas lectoras puedan ocultarlo en la perfumada tibieza de los manguitos.

—¿Nunca le oyó á Emilio Flores aquella historia tristísima que comenzaba invariablemente: «Cuando yo tenía alma de modista...?»

—No, nunca.

—Es extraño,—repuso el doctor Biercold aspirando con delicia el perfume de su pañuelo.—Narrábala á cualquiera, al primer venido, entre dos vasos de brandy. Con mayor razón á usted, su gran amigo.

Pude contestar que apenas lo conociera de vista en aquel café de improbables escritores donde se pasaba las noches haciendo estética á base de alcohol y de maledicencia. Pero tal respuesta, descubriendo mi inferioridad de llegar á la literatura en momentos en que para llamarse hombre de letras requeríase, por lo menos, escribir un artículo, fuera acaso un signo decisivo de inepticia. siempre sospechable en todo silencioso. Admití, pues, sin protesta aquella «gran amistad.» Por otra parte, ya estaba habituado á que el doctor Biercold me complicara, á cierta altura de la velada, en sus anécdotas de antaño, lo mismo en

las anteriores á mi nacimiento que en las simplemente imaginarias. Así me insinué en la intimidad de esos seres fantásticos que discurren en mi memoria como en un gesticulante florilegio de extravagancias.

Luego, esa noche, bien podía pasar por alto tan nimio detalle social. frente á un sucedido asombroso en la ya proveyta vida de mi interlocutor. El, que á su grave título académico unía la más rara erudición en bebidas espirituosas; que con la misma infalibilidad de catador autenticaba este egregio bourgogne que aquel plebeyo barbera; y se conocía minuciosamente cuatrocientas diez y seis especies de cocktails como el más yankee «bartender»; y no fallaba jamás, aún si temblara el pulso, en la enumeración ordenada de las seis napas del «pousse-café»; y sabía como hay que asentar la cerveza de München y como la Staud; y descubriera, un día, que es á causa del aceite de Fussel que los bebedores agitan las botellas de whisky,—él, perito unánime de las mesas redondas, hablábame cabizbajo, cubierto de oprobio, ante un cándido vaso de leche! Ninguna altura se escala en este mundo sin muy serios quebrantos, y aquella peligrosa sabiduría

costábale al doctor Biercold una traidora cirrosis del hígado y esa dieta láctea con toda su infamante hibridez.

Bebió un sorbo de leche como si fuera cicuta, aspiró, largamente en su pañuelo, y dijo enseguida:

—Espero que habrá conocido á Sor Felicité.

—Es posible.

—Por fuerza. Nadie salía del hospital sin conocerla. Formaba parte de la exhibición obligada: el anfiteatro, la sala de operaciones, el gabinete radiográfico y Sor Felicité.

—.....

—Aquella hermanita. siempre silenciosa, que cruzaba por los claustros con vago aire de fantasma, y que en el Mes de María de la Capilla entonaba los solos de las jaculatorias. Hasta creo que fué usted quien hizo notar, en los funerales de la madre superiora, el ritmo sonambúlico de su voz, iniciando, aquel día, los versículos latinos del Responsorio.

Yo no había visitado el hospital, ni asistido al Mes de María, ni á funerales de madres superiores; y semejante confusión, muy lógica en noches en que el doctor Biercold preconizaba experimen-

talmente las ventajas del Anticuary sobre el Buchanan, era en verdad inexplicable frente á ese cándido vaso de leche.

—Ah! si,—dije con tono tan inseguro que era lo mismo que gritar mi falsedad.—Ahora recuerdo...

—Bueno: por ella abandonó Emilio sus estudios al finalizar el cuarto año.

—Cómo así?

—Es toda una historia romancesca y lamentable. Sor Felicité era una francesa esbelta con una singular fisonomía de madona ojerosa. Fina, pálida, de manos inquietas, tenía las pupilas glaucas llenas de visiones extrañas y los labios hendidos de tal manera que hacían bajar los ojos. No era bonita, pero había algo de ambiguo en su porte que seducía más angustiosamente que ninguna belleza. Nunca llegué á descifrar la causa de ese encanto nocivo. Lo evidente era que no había llegado á la religión como una colegiala. Sentíase, conversándola, lo mismo que ha de experimentar un sacerdote, aún joven, oyendo la confesión libertina, de una penitente desconocida y muy devota. Emilio tuvo la desgracia de practicar en la sala que ella atendía y, á la semana, estaba loco por ella. Digo desgracia porque esa fascinación tenía

mucho de maleficio. Sor Felicité era más que mujer, era la Enemiga. No era procaz ni coqueta; al contrario: realzábala un casto y sereno prestigio, pero bajo su estricto recato adivinábase una sensualidad subrepticia, torturada, de confesionario.—hermana de ese espíritu de perversidad primordial que Poe sorprendiera minando las vidas superiores—y que solo se traslucía al experto en la repentina turbación de los ojos y en la inquietante frecuencia para el rubor. El pecado corríale bajo la piel lo mismo que un afrodisíaco en las venas de una santa; y, según los momentos, sus manos de solitaria tenían quietudes angelicales ó equívocos desfallecimientos de boudoir. Presérvese, amigo, de esa estirpe nefasta y lea á Barbey d'Aurevilly.

Y como siempre que terminaba un párrafo solemne, levantó su vaso, pero, al llevarlo á los labios, se detuvo con un gesto de decepción. Depúsolo con cautela sobre la mesa y, por algunos instantes, se quedó mirándolo terriblemente como si mediara un agravio personal. Y había tanta acritud en sus miradas, que solo por un milagro no se cortó la leche.

—Tal la heroína—continuó con voz sombría—

de ese amor sacrilego con citas en los jardines, claro de luna y raptó.

—¿Y raptó?

—Sí. El escándalo hizose público, intervino la Curia, y Emilio fué expulsado de la Facultad. Entonces se la llevó á su departamento y le alquiló un piano para oírle musitar cosas perversas con aquella modulación extraterrestre con que ritmaba las jaculatorias. Más la aventura duró poco. Separáronse al cabo de tres meses por otra historia menos sentimental, de la que ella fué también la heroína. De la noche á la mañana abandonó á Emilio por un bergante buen mozo y de buen tono que, al mes, lanzábala en el Casino como «diseuse á voix». Cien veces habrá usted oído á Mlle. Gavroche. Al principio tenía un repertorio ingenuo y untado de romanticismos del viejo «Chat Noir». Le recuerdo una cancioncita de Delmet que era toda una joya: «La Petite Brunette aux yeux doux». Después la empresa obligóla al inevitable género «grivois»: y su voz, que conservaba aquel ritmo sonambúlico que usted hiciera notar, ponía en la estrofa escatológica algo del encanto prohibido del pecado. También así fué su éxito!

—¿Y Emilio?

—El desdichado la quería como á una novia de los quince años, é hizo por ella innenarrables locuras. A fin de olvidarla viajó desesperadamente malgastando su patrimonio y su salud. Entretanto Mlle. Gavroche triunfaba. Veíasela en todos los restaurants á la moda, casi siempre de brazo de estudiantes que faltaban su primera noche á la casa paterna. A veces se perdía por un tiempo de los centros galantes, muy apasionada de algún adolescente pobre. Dicen que en tales casos era de una fidelidad ejemplar. Lo creo, porque en el fondo era buena. Así, cierta noche de invierno, la ví desprenderse de un rico abrigo de cibelina para cubrir, en plena calle, á una mendiga aterrida. En cuanto á Emilio, cayó en las garras de una neurastenia de esas que no perdonan. Hace tres años que está por escribir un libro, «La sembradora de angustias», que comenzará probablemente con el eterno: «Cuando yo tenía alma de modista...». Qué lastima de talento!

Callóse y, como tuviera la garganta seca, buscó su pañuelo para tomar un trago de leche. Pero, sin duda, habíase ya evaporado del todo aquel raro perfume, porque lo ví que, profundamente abatido, dejaba otra vez el vaso.

—¿Y no volvieron á encontrarse?—pregunté para distraerlo de sus negros pensamientos.

—Sí, pero...

—Pero ¿qué?

—Yo necesitaría algo fuerte porque, en verdad, el final es muy triste...

—¿Por qué no lo pide?

—¿Me promete no reír?

—¿Debo jurarlo?

—Bueno. Mozo! Una botella de whisky!

Y sin inmutarse continuó:

—Se encontraron las otras noches en el Sportsman. La acompañaba, por casualidad, un viejo: don Leopoldo Caro. Y Emilio, aprovechando un instante en que éste la dejó sola, le dijo:

—No tienes vergüenza de exhibirte así con un viejo? Con un viejo!!»

—«Voilà un méchant mot!—repuso ella ofendida.—Ah! mon enfant! s'il n'y avait que des vieux, je pourrais déjà vivre de mes rentes!»

En esto trajéronle whisky al doctor Biercold, empapó bien el pañuelo, tomó de un golpe la leche, y se quedó aspirando aquel precioso perfume con tanto arrobamiento, que mi carcajada subitánea debió llegar á sus oídos como un coro de ángeles.

La Mariposa



—CONOCE usted, Señora, la carta que Roberto Esprelo escribiera á la infortunada Mercedes?

—No; Vd. sabe que ya no recibo á nadie....

—Es lástima! Fluye allí la sugestión de horror que es en Vd. una de esas predilecciones inexplicables.

—Nada se opone á que usted la repita aquí.

—Es que se hace tarde, Señora.

—No es tarde, sino que obscurece más temprano. Es el invierno que llega...

—El invierno! Verdad. Ya no podremos conversar en esta glorieta...

—Día llegará en que no podremos hablarnos ni aquí ni en otra parte.

—A su edad no deben decirse esas palabras...

—Ah! ¿usted cree que me refiero á la muerte?

Ojalá! fuera por la muerte!

—Y entonces ¿porqué, Señora?—pregunté con imperceptible temblor de voz.

Mirome con aquella mirada que me cubría como un manto de tristeza, bajó luego los ojos y dijo con su vaga sonrisa ocultadora:

«Elle vivait pour la volupté de se taire».

—¿No fué usted quien me recitó una tarde ese verso de Samain?

—Si—repuse con el alma extasiada por un revuelo de esperanzas.

—Entonces—concluyó — léame la carta que recibió Mercedes...

Mar del Plata, Febrero 2 de 188...

•Reconozco que fuí cruel, con esa hostilidad reflexiva y minuciosa de los cobardes, pero también es cierto que á ningún hombre persiguiera el azar con acechanzas más irritantes. Entonces culpaba al azar. Era fuerte y no creía en las vidas ocultas.

Desde que comencé á escribir aquella malhadada novela que ya no acabaré nunca, rodeáronme mil sucesidos extraños y turbadores. En ocasiones eran lamentos vagos que gemían debajo mismo de mi ventana; en otros, pasos medrosos por los caminos. ¿Quién entreabría, siempre al obscurecer, la vieja cancela del jardín? No sabes las veces que, revólver en mano, registrara inútilmente la quinta! Hasta en nuestra alcoba ¿recuerdas? alguien complicaba las cosas inertes en apariencias fantásticas. Así debimos prescindir de cenefas por los repliegues gesticulantes, y cambiar la orientación de la luz, ya que no había mueble que no proyectase quiméricas sombras. El testero del lecho, por ejemplo, con su eterno perfil de ogro risueño! ¿Recuerdas?

Aquella noche hacía un calor tedioso. Como llegara hasta mi mesa el aroma nocivo de los nardos, cerré la ventana muy temprano. Una vincha impalpable oprimíame la frente, y en la página intacta dibujábanse fugaces manchas violáceas como en los fosfenos. Era el abrazo aniquilador del cansancio. De poder salir al balcón, quizá el fresco de la madrugada hubiese llegado á serenarme. Pero en esa atmósfera de horno ni siquiera

ra podía alzar la vista de mis papeles. Si miraba al techo, exasperábame un cientopies grisáceo que corría por la cornisa, ágil como un nervio; si á los cristales, era siempre el mismo detalle de paisaje encuadrado y monótono. La masa de eucaliptus que circunda la capilla, de cuyo seno sombrío la aguja del campanario invisible partía hacia el plenilunio, agudo como un alarido.

¿Dormir? Ni pensarlo á esas horas. Volví, pues, al trabajo. Y, precisamente, cuando luchaba por hacer inteligible cierta imágen rebelde, una vez y otra vez, repulsiva, esparciendo roces en el aire que ponían calofríos en mi espalda, bajó una aterciopelada mariposa negra. Ahuyentábala y volvía á posarse en las cuartillas, siempre con el crujido erizante de sus élitros sedosos. Comprenderás que tal insistencia hubiera impacientado á un santo. ¡Decidí darle caza para trabajar en paz!

Cogí un papel porque solo al pensar de tocarla invadiéronme temblores incoercibles. Recuerdo tus gritos de asco cuando, por las noches, en la glorieta, creyendo cortar un gajo de madreSelva te encontrabas, de pronto, con algo blando y velludo que se retorcia entre tus dedos? Por nada de este mundo me hubiera expuesto á gritar turbando tu descanso! Por eso cogí un papel.

Mi primera idea fué abrir la ventana y darle libertad. Nunca pude conservar los insectos en los marcos de las puerta como hacen las mujeres. Tu tenias esa costumbre ridícula antes de casarnos. A penas tus manos inquietas aprisionaban una luciérnaga, clavábasla cautelosamente con un alfiler y te quedabas horas enteras en la obscuridad espíando sus destellos.

Quería dejarle libre. Pero al primer ademán alejose en giros vertiginosos en torno de la luz. Esto me contrarió tanto que tuve un impulso diabólico, perversamente diabólico: quemarla viva! Vacilé algunos minutos, pensando en el olor de que se impregnaría el aposento y en las crepitaciones de los tejidos chamuscados, pero mis impulsos, tu lo sabes, siempre fueron más fuertes que yo.

En pocos segundos de persecución quedó presa. Con el cabello erizado y la piel aterida por continuos calofríos, sentí como el insecto se debatía en el cartucho de papel. No pude más y lo arrojé á la llama. Hoy daría la mitad de los años que me restan de vida por no haber cometido esa acción rencorosa.

Subitáneamente se apagó la luz y oyóse un

quejido humano, lacerante! Y eso en la obscuridad más profunda, á semejantes horas, solo... Sin embargo logré dominarme y avancé hacia donde debía hallarse la lámpara. Ojalá! se hubiesen cerrado mis ojos para siempre!

Una luminosa columna de humo violáceo, que partía de mi escritorio, comenzó á llenar la pieza. Quise huir pero faltáronme fuerzas, y quedé paralizado por un miedo invencible, opresor. Casi en seguida, en el ángulo opuesto. prodújose un leve ruido de desplazamiento como el de las lagartijas en la hojarasca. Entonces ya no pude más! Te lo juro: no pude más! Sentíame helado y un martilleo furioso batía mis sienes.

¿Recuerdas las pesadillas que sufriste cuando murió el nene, en las que tropeles de monstruos horribles te asaltaban de improviso, y querías huir y no lo conseguías, como si estuvieras atada por tremendos lingotes; y los veías avanzar y yá sentías sobre tí los húmedos hocicos y querías gritar y no podías, desesperada, loca. en una afasia torturadora? Bueno, compadéceme! yo experimenté despierto esa impresión terrible, bañado en frios sudores!

Considera que estaba solo — bien lo sabes —

enteramente solo. y que, de pronto, en esa niebla luminosa alguien me toca en la espalda de manera muy débil. muy suave... Ah! si á lo menos hubiese podido gritar, gritar muy fuerte mi miedo, pedir socorro! Pero no: permanecí atónito, con la garganta anudada. Y otra vez se repitió el palmoteo delicado. suave. Volví los ojos y de la atmósfera opalina ví surgir una forma alada en cuyo rostro de sombra brillaban dos ojos que eran los tuyos. grandes, negros, criminales! Ojos de locura que me miraban perdidamente, que me miraban hasta dentro del cerebro. registrándolo! Después fué un beso frío, un beso que no terminaba nunca; después no sé...

A la mañana me hallaste en tierra desvanecido, y viste que mis labios exangües presentaban las cárdenas señales de la mordedura...

Ahora bien: jamás hice mal á nadie, menos lo auguraría á ninguno después de aquella noche nefasta. Pero cuando el doctor sonríe al referirle estos sucedidos; cuando leo sus invariables recetas de bromuro y atribuye la mácula de los labios á la presión de mis propios dientes durante el ataque,—en verdad! casi deseo que él también pruebe esas tremendas visitaciones. Entonces,

quizá no ridiculice mi precaución de dormir con luz y con una persona de vigilia á mi cabecera. Por que nadie puede imaginarse la angustia infernal cuando, en la alta noche, descienden los fantasmas que besan con boca fría y que muerden los labios y el corazón para toda la vida...».

El Daño



e va á lastimar;—insistía Pablo Beraud tratando de disuadirla—sea juiciosa...

Irene volvió el rostro sonrosado por efecto de la postura violenta, y acentuó con fina sonrisa su incrédula despreocupación juvenil.

—¿Muy juiciosa?... Si supiera qué mal le sienta ese aire regañón!

—Usted sabe el peligro que arriesga con la menor herida.

—Por Dios! no son más que espinas...

—No importa. Para usted es grave un simple rasguño. ¿Debo recordar el último accidente? No pudo ser más vanal, me parece... Sin embargo...

Ella no contestó en seguida. Con movimientos

cautos depuso las rosas sobre el verdinegro festón de arrayán que orillaba la pérgola, é irguiéndose repentinamente seria, bajó los ojos para ocultar un subitáneo sobresalto de alma. Lo mismo que otras veces, aquel aciago recuerdo siempre unido á esa amenaza vaga, pero pertinaz como un destino en acecho, conmovíala de manera que daba lástima. Su faz sombreada de ansiedades palideció perdidamente y tuvo que apoyarse en la pilastra vecina para no desfallecer.

Sus presentimientos, hasta ese momento imprecisos, asediaron su ánimo en vuelo supercilioso. ¿Era cierto, entonces, que un peligro invisible perseguíala á toda hora, en cualquier parte, á cada paso, obstinadamente, implacablemente, como un maleficio? Ya no eran exageradas cautelas paternas, sino la advertencia categórica de alguien que se realzaba en su afecto con muy íntimos títulos de lealtad. No habia duda: aquel extraño accidente de la noche de Santa Rosa no podía ser efecto de un simple desvanecimiento por hemorragia. Después de las palabras de Pablo, su correlación con ese algo misterioso era evidente. Pero ¿que podía ser, Dios mío?. Anonadada levantó los grandes ojos, que el espanto tornaba

aún más negros, y rompió con azorado parpadeo el velo de lágrimas que los nublaba. Hizo inauditos esfuerzos para disimular su angustia: mordíase los labios henchidos de sollozos, y estrujaba una hoja para contener la medrosa inquietud de las manos. Pero llegó un momento en que ya no pudo más; sintióse toda pálida, sintió flojas las rodillas, y repuso en voz baja, casi con humildad:

—Dios mío! Vivir siempre bajo tal amenaza!

—¿Quién le ha dicho eso?—preguntó Pablo con tono tranquilo, á fin de atenuar la gravedad de su revelación involuntaria.

Irene vaciló un segundo, desconcertada por la aparente calma de la respuesta, mas recobrando valor de las propias lágrimas, afirmó:

—Usted... y todos: «*Se va á lastimar...*»; «*Ten cuidado*»...; «*Acuérdate*»... Casi no oigo otra cosa... Ya ve que no me equivoco!

—Sin embargo, exagera. Lo que se le pide, por un tiempo todavía, son esas precauciones naturales que la menos coqueta de sus amigas adopta para preservar su tez de las inclemencias... Nada más...

Pensaba calmarla con esas mentiras cariñosas

y ocultadoras con que se consuela á los niños; pero, emocionado él mismo hasta la aflicción, sus palabras adquirirían el tono falso de las excusas triviales.

—Convenga, pues,—concluyó—en que esa tiranía galante no puede hacerla desgraciada...

Irene movió la cabeza tristemente, y fué á sentarse en el banco de mármol que dormía su vejez colonial en la consternada quietud del jardín. Cerró los ojos para no verse las manos y, con ademán lánguido, se enjugó en el cabello los dedos mojados de rocío.

Quedaron silenciosos, reviviendo cada cual la obsedante escena evocada. Ahora el recuerdo del menor detalle era para Irene un signo confirmatorio. La indefinible agitación de aquella noche, la sed horrorosa, los zumbidos de oídos y, sobre todo, aquel desmayo del que volviera. muy tarde, con una percepción sensorial ultraterrena, con una lucidez de espíritu hasta entonces nunca tenida—todo eso, había sido la inminencia de la muerte! Como

si fuera ayer, recordaba con singular nitidez las circunstancias más nimias del extraño suceso. Concluían de cenar, y tomando en brazos á Mario, que desde la muerte de Augusto no se separaba ni un minuto de ella, hirióse en la mano con el garfio de una hevilla. La herida era insignificante, tan insignificante que se limitó á recubrirla con su pañuelo de encajes. Pero fué necesario cambiarlo muy pronto por otro, luego por otro, porque la sangre no se detenía. Después sobrevinole aquel cansancio enorme, aquella sed de agonía, llamó á Rosina y cayó desfallecida. Cuando volvió en sí, hallóse en su lecho, y Pablo Beraud concluía un complicado vendaje de la mano. Aun se estremecía toda evocando aquella mirada tan condolidada y en el fondo de cuya tristeza presintiera una vaga esperanza. Después fué la convalecencia larga y sentimental en *Engaddi*, y las dulcísimas pláticas con Pablo, vuelto á la familiar amistad de los tiempos en que estudiaba con Augusto. De esos paseos por el viejo viñedo estéril, que don Leopoldo transformara en residencia veraniega, nació esta pasión tan tierna. Y aquel accidente que ella creyera pasado para siempre, resurgía entonces amenazando los únicos días de feli-

.....

cidad en su vida silenciosa y llena de resignaciones. Dios mio! Dios mio! era como para desesperar!

Pablo planteábase una vez más el conflicto insoluble entre su conciencia y ese amor. Como médico, tenía un deber ineludible que cumplir: un deber que exigía el sacrificio inmediato de su ensueño. La enfermedad absurda heredada por Irene era de las muy raras, para las que existen leyes inexorables. La hemofilia—esa inconcebible predisposición á las hemorragias, al punto de que un banal rasguño puede acarrear la muerte—no cedía á ningún poder humano. En otras afecciones, aún en los episodios más graves, conforta siempre una débil esperanza. Hay misteriosas sorpresas de la vitalidad que deciden las crisis más desesperantes. Pero en esa no. Diríase que es como una maldición que late silenciosamente en las venas. A cada instante, y ahora en ese momento, surgía en su memoria el aforismo fatídico: «Sin excepción, debe prohibirse el matrimonio á los hemofílicos»; llevábalo grabado en la retina, y como una marca de fuego en la mente. Sin embargo, lo había violado deliberadamente, y la pálida Irene iba á ser suya en pocos días

más: Para Santa Rosa, el aniversario de la noche infausta, como si á su delito ya enorme, la fatalidad quisiera agregar la damnación de un sadismo frío. Mil veces estuvo á punto de romper el compromiso, contraído en un atardecer de aquella convalecencia, en ese jardín olvidado donde los rosales tenían ramas cárdenas y los caracoles negruzcos lustraban la humedad de los arrayanes. Pero, menos por natural egoísmo de amante que por la certeza de que tal desengaño fuera acaso mortal en esa criatura de sufrimiento, nunca tuvo valor para determinarse. A solas, haciase la formal promesa de revelarle el aciago secreto y alejarse en seguida, para siempre, á otros países, donde nada supiera de ella ni llegase nueva alguna de él. Mas todo era verla tan pálida, tan frágil, amorosa y buena, para que semejante ruptura se le figurase un sacrilegio. Irene le había dicho una tarde, en la glorieta de las glicinas: «Mi vida ha sido hasta ahora como una tristeza que va sola por el mundo. Cada noche y cada mañana venían á mis ojos las lágrimas, silenciosamente, como las sonrisas expontáneas en los labios de las otras. Mamá y Augusto llenaron todos mis días con sus des-

gracias. Recién me llega un poco de dulzura, cuando casi ya no podía más! Ah! si el destino me robara también esta, la única, la decisiva, yo no sé que sería de mí!» ¿Como decirle entonces: «para usted no puede haber alegría sobre la tierra; usted ha venido al mundo con el dolor por angel guardian, y la desdicha que la persigue es tan grande que, aún haciendo el bien y ungiendo la felicidad, sus manos la infiltran en los seres que la buscan?» Por otra parte, el convencimiento inalterable de que la satisfacción de semejante amor era lo mismo que un crimen. En el primer beso nupcial esa existencia preciosa podría extinguirse en un soplo, como una llama que se apaga. ¿Era moral, era simplemente humano, perseguir la felicidad á precio de una vida más cara que la suya propia?

Estos pensamientos angustiosos agobiaban aquellas dos almas juveniles, Señora, la tarde en que comienza este relato, bajo la pérgola que circuía el huerto familiar de *Engaddi*. Y todo á su alrededor parecía complicarse en esa desola-

ción de espíritu. Nunca el invierno, como en aquella empañada mañana de agosto, puso signos más atribulados ni más evidentes apariencias perecedoras en la naturaleza. Los rayos del sol desvanecíanse en la gasa húmeda de la neblina como una esperanza débil que se fundiera en lágrimas: las ramas desiertas adoptaban actitudes casi humanas de triste conformidad con el destino irremisible y, verdaderamente, tan profundo silencio en la hora matinal, sugestionaba toda la aflictiva lentitud de una agonía.

A la distancia, camino de Luján, sonó de pronto la bocina de un automóvil. Aquella bocina que prolongaba los sonidos como si fuesen lamentos, y cuyo timbre, casi humano, lo había elegido especialmente su excéntrica propietaria Flora Nist. Eso los volvió al sentido de la realidad. Irene habló la primera. los ojos bajos y el gesto vago:

—Pronto hará un año, el día de Santa Rosa—musitó.

—¿No cree que basta eso para desvanecer sus temores?

—Ah! si aquella hora lejana fuese solo el recuerdo de un mal sueño...

—Para mí es algo más—repuso Pablo en esa

media voz temblorosa de la pasión—allí nació una esperanza inefable...

Y como ella no respondiese, añadió aludiendo á su próximo enlace:

—¿La aflige, acaso, la elección del aniversario por su proximidad?

—Oh! no—repuso ruborizándose—Vd. bien sabe que no...

—¿Entonces?

—No sé, no sé...

Callose otra vez para no romper en llanto. Con esa evidencia que liga como un hechizo las almas apasionadas, Pablo adivinaba que una interrogación decisiva formulábase en la angustia de Irene, y sin reparar que ella espiaba con atención fatídica sus expresiones, buscó con la vista aquella mano fina y suave donde perduraba, como una sombra rosada, la cicatriz.

Irene siguió la mirada con sus ojos atemorizados, y antes de que él volviese de su contemplación se la tendió blanca y laminar:

—¡Qué esperanza tan triste!—dijo con una sonrisa que en su rostro dolorido brillaba con la extraña distinción de una vanidad funeraria.

Pablo la tomó entre las suyas y, desoladamente, la llevó á los labios.

En esto sonó de nuevo y muy cerca aquella bocina que gemía como una boca humana, y densa nube de polvo se levantó en el recodo de la alameda.

De un salto, Flora Nist abandonó el pescante del automóvil, y arrojó sus gruesos guantes á la camarera Peggie que la acompañaba siempre en todas sus correrías.

Lo mismo que en las brumosas mañanas de Northampton, cuando era alumna del Smith College, vestía con esa elegancia rectilínea de las institutrices, habitual en las americanas del norte. La tiesura de aquel waterproof color ceniza que, desde el seno algo bajo, caía sin modelar un contorno hasta los finos tobillos, tornábala aún más alta y flexible. Y desde la boina lisa, forrada en piel de zorro gris, hasta sus empinados zapatos de caucho, envolvíala, cual un ambiente de otros países, el reclamo de un exotismo distinguido.

Besó á Irenc muy cerca del cuello, saludó á Pablo casi sin mirarlo, y llegóse hasta el banco donde se detuviera Peggie para entregarle su impermeable, que desprendió lo mismo que si se

desnudase. Vestía una tricota blanca, sin cuello, que turgían sus senos sueltos, y una corta falda azul ceñida á los muslos combados en huso. En seguida avanzó lentamente en su eterna actitud de fatiga, el paso muelle. la cabeza echada hacia atrás, como si la abrumase el peso excesivo de la cabellera, con el andar ritmado y elástico de las mujeres de piernas largas, y esa particular dislocación de las caderas libres, que acentúa el uso de tacones altos exagerando la comba lumbar. No obstante las formas plenas, gracias á la finura de las articulaciones. su cuerpo adquiría ese contorno ofídico de la Venus Florentina. Así. siendo galípiga y opulenta de senos, á primera vista parecía más bien delgada. Completaban ese aspecto extraño, las manos bárbaramente enjoradas y su tez blanca, con esa blancura icteroide de las pelirrojas. dorada de antiguas manchas cicatriciales producidas por la explosión de una retorta en la que destilara el ámbar de sus perfumes raros. Bajo el amplio bucle frontal rojocobrizo, resaltaban sus grandes ojos verdes que, como las cimófanas, tornasoleaban la glauca pureza del berilo con los tonos sanguíneos del rubí.

No todos podían sostener la fijeza de su mirada lejana acechando, entre aquellos párpados levemente caídos que, como á la Rejane, obligábanla á arquear las cejas en un perenne esfuerzo de los superciliares.

Su presencia llenó repentinamente de inquietud á los dos prometidos. Pablo, sobre todo, no podía ocultar su contrariedad. En tanto, Flora, fingiendo atribuir á otra causa esa turbación, sentóse junto á Irene y le dijo con una sonrisa ambigua como un mal pensamiento:

—Le juro, *darling*, que no he visto nada! Ni siquiera he sentido el ruido. Veníamos á gran marcha, y en la alameda casi nos ciega el polvo... Con el automóvil son imposibles las sorpresas galantes...

Y, cambiando en seguida de tono:

—¿No esperaban Vds. mi visita! ¿no?

—En verdad, Flora, no creía tener ese placer...

—Ah! *darling* como se ve que Vd. se ha educado en el Sacré-Cœur.

—¿Por qué? Flora...

—Ah! si se pone colorada, Vd. compromete aún más el silencio de este caballero,—añadió riendo enigmáticamente.

—Miss Flora—repuso Pablo ya sereno—olvida en su buen humor, que la visita es á Vd., Irene, y que, por tanto, mi silencio tiene una explicación muy natural...

—Se equivoca doctor. Ah! esta vez se equivocal Es para los dos. A una semana de la boda ¿qué puede ocurrir que no interese por igual á dos prometidos? Y mi presencia, *darling*, se relaciona con ella...—concluyó dirigiéndose á Irene.

—Como así? Flora.

—Bueno: quería intr!garlos pero veo que no es posible.

Levantóse gravemente y, afectando un risueño tono ceremonioso, dijo:

—Señorita, vengo á rogarle que honre pasado mañana mi mesa... Es la despedida.

Y como Irene vacilara, cohibida por esa imprevista invitación que exigía una respuesta inmediata, Flora le tomó las manos y añadió:

—Si, *darling*, diga que sí! Vd. no se imagina el gusto que me dará. Irán las más íntimas: Blanca Gavarni, Ernestina Juniori, Magdalena Frías y Alicia Fernández. Nadie más. Ya están invitadas.

—Pero, Flora, yo debo consultarlo...

—Oh! eso es una excusa... Quiero creer que el

doctor. entre cuyas buenas amigas me cuento, no se opondrá...

—Vd. olvida ahora—respondió Pablo—que Irene será mi esposa recién dentro de una semana; y que. ni aun después de esa fecha, tendré que oponerme á ninguna de sus resoluciones...

—¿No vé?, *darling*.

—Pero ¿y papá...?

—Oh! don Leopoldo corre por mi cuenta. Sé que no está en casa porque nos cruzamos á mitad de camino. Su *de Dion-Bouton* volaba. Pero le escribiré cargando con todas las responsabilidades. ¿Sí?

Irene interrogó con la mirada á Pablo; pero este, que sentía sobre sí los ojos vigilantes de Flora, se mantuvo impassible.

—Bueno, aceptado! Quien calla...

—¿Como negarme á esa gentileza? Flora...

En esto apareció la vieja Rosina conduciendo á Mario. Venía en busca de Irene porque el niño no quería desayunarse.

Irene lo tomó en brazos y comenzó á reprocharle maternalmente:

—Muy bien, caballero! ¿Usted se hace el malo cuando no está madrina? Muy bien, muy bien...

Mario, miró pausadamente á Flora y á Pablo y dijo con la voz temblorosa de sollozos:

—Rosina, me deja solo...

—Oh! que mala Rosina! Yo la voy á castigar. Venga, vamos á tomar un vaso grande, grande, de leche. Después habrá bombones.

Y volviéndose á Flora:

—Perdóneme, vuelvo en seguida. Queda bien acompañada.

Pablo la siguió con mirada extática. Todo era en ella armónioso y delicado. Vestía un traje de paño negro que hacía resaltar extraordinariamente la palidez del rostro y de las manos. Y por más que fuera de un corte perfecto, dábale un aire de elegancia antigua, como si entre sus pliegues perdurase la ceremoniosa distinción de los minuetos.

Una vez solos, Pablo se levantó para retirarse.

—¿Porque quieres irte?—le dijo Flora pausadamente deteniéndole por un brazo—¿no has oído á tu novia? Quedo bien acompañada, bien acompañada!

Había tanto rencor en sus palabras, que Pablo

lo sintió como un frío en la médula. Criatura de pasión y de apetitos. Flora exhalaba sus instintos lo mismo que un efluvio corporal. Hasta sus sentimientos parecían sensibilizados por ese fluido, que en la simpatía acariciaba como un hálito lascivo y en el odio repetía como una mano hostil.

—¿O tienes miedo?—añadió con profundo desprecio.

—Podría contestarle, Flora, que no es precisamente un honor para usted el haber sido la querida de un cobarde... Pero prefiero callar...

—No, no! es necesario, absolutamente necesario que conversemos...

—Sea, pero no aquí.

—Te faltaba únicamente esa otra cobardía...! Te adivino: prometerás verme en casa para no ir luego. ¡Que bajo eres! Verdad que es como para preguntarme como pude ser tuya!

—Flora: no tengo sino una palabra. Pasado mañana en su casa.

—Pasado mañana será tarde...

—¿Porque?

—Por nada. Hasta pasado mañana.

Y volviéndose lentamente, dirigióse hacia el vestíbulo donde esperaba Peggie.

Era la mañana del día elegido para el «diner-blanc» en honor de Irene. Como de costumbre, Flora levantárase temprano y, cumplido su ejercicio en el *Sandow's Symmetrion*, á fin de conservar aquella ondulante flexibilidad de miembros que era una de sus más turbadoras seducciones, concluía de tomar su baño de esponja en un coqueto *tub* aún perfumado de ella. Yacía acostada sobre una piel de tigre, sin otro reparo á su total desnudez que una mano negligentemente abandonada entre sus muslos blancos y redondos, como en las telas de las Venus púdicas.

Peggie, de pie, preparábase para el habitual masaje, más Flora la detuvo con un gesto de cansancio.

—No, hoy no; déjame...

—Recuerda la Señorita que hoy debe...

—Sí, Peggíe, sí, recuerdo todo. Apenas llegue hazle pasar á mi salita y me avisas.

Peggíe no contestó, y en la mueca malhumorada de su rostro hombruno, puso todo el resentimiento de confidente ofendida por tal sequedad. Era una mujer hasta de treinta años, morocha y musculosa. Completaba su aspecto masculino un poblado bozo, y la dureza de los ojos negros, brillantes y expertos, tras gruesos lentes. Acompañaba á Flora desde la muerte de doña Carmen P. de Nist, y era, á la vez que camarera. su ecónoma y, á veces, ayudante en sus caprichosas alquimias de boudoir ó en sus diletantismos de hinoptizadora. Iba ya á retirarse, cuando Flora la detuvo.

—Escucha, Peggíe. No olvides que aquello esté rprepaado para esta tarde. antes que lleguen las demás invitadas. Sobre todo que funcione bien la luz del tubo nuevo ¿oyes?

—Sí. Señorita —respondió, ya dulcificada por esa prueba de confianza.

—Ahora déjame. quiero dormir.

Pero no bien hubo salido Peggíe, púsose de pie enarcando el talle que levantó en sus senos

turgentes las mamilas rosadas como dos fresas. Fué hacia la mesa. tomó un pulverizador y bañó su cuerpo palpitante con ese perfume combinado por ella á base de ambar.nardos y cardamomo. Luego tomóse con ambas manos los senos y se quedó así largo rato. los ojos cerrados, aspirando los vahos que ascendían de su piel húmeda. Después anudó en la nuca la opulenta cabellera cobriza y vistió sobre su cuerpo una túnica japonesa de franela blanca. de cuya orla ascendían, entre verdes gladiolos, iris azul-cenicientos, lo mismo que en las bocamangas «perdidas». La ciñó á la cintura con un lazo de seda verde y, toda tibia y aromada, acostóse en el sofá para reanudar la lectura de un folleto.

—¿Recuerda, Señora, aquella curiosa monografía titulada. «*El Daño*» que le hiciera perder al doctor Biercold su cátedra en la Facultad de Medicina?

—Hace años de esto ¿no?... Oí comentarla como una de sus muchas extravagancias...

—Ah! no, Señora, lejos de eso... La hipótesis

que sostenía era tan probable como cualquiera de las que abundan en los libros científicos. Fundábase en hechos inexplicables, es cierto, pero bien comprobados. Su crimen, para los académicos, consistía en el sistema inductivo y muy principalmente, en haberlo empleado con talento.

En dos palabras voy á exponer su teoría para que usted conciba la especial atención que, esa mañana, prestábale Flora. Es necesario advertir también, que este género de lecturas era habitual en ella. Educada con todas las libertades masculinas, poseía una cultura superior. La biblioteca de su padre, el reputado naturalista Nist, no tenía secretos para ella. De ahí las incursiones en el campo de la química—aprovechadas en sus veleidades de perfumista—y su predilección por las obras de generalizaciones médicas, sobre todo, por las de patología mental. Más tarde Vd. se explicará, cuando conozca el desenlace terrible, la particular atracción que sobre esa mujer enigmática ejercían las prácticas de hipnotismo y de sugestión, para las que servíase de Peggie como sujeto experimental.

La hipótesis del doctor Biercold derivaba de fenómenos que los hombres de ciencia se limitan

á catalogar, sin preocuparse de la enseñanza que fluye de ellos; y si las conclusiones á que arribara fueron audaces, no podía negarse su lógica.

Hela aquí: Sábese que, así como durante el sueño hipnótico ó durante las vigilias de las histéricas puede sugestionarse determinada acción, es dado provocar por los mismos procedimientos lesiones tróficas del organismo. Se han constatado efectos de rubicundez, congestión, vesicación y hasta hemorragias, por auto-sugestión sugerida. El operador coloca en estado de sonambulismo á la persona elegida. é imperativamente, le advierte que tal día, á tal hora, sangrará en la mano. por ejemplo. A la hora y día indicados, la paciente presenta en la parte señalada una mácula sanguínea. Son fenómenos extraños ¿ no ? pero constatados por autoridades como Mabile, Bourru, Dumontpallier, Bernheim, Liebault, Beaunis, Pregalmini... Los fisiólogos no explican estos hechos. Limitanse á incluirlos entre los efectos raros de la autosugestión.

Meditando sobre ellos, ocurriósele al doctor Biercold pensar en que pasaría si el sugeto, á quien se autosugestiona una hemorragia, fuera también un hemofílico, y en lugar de señalar

.....

simplemente con un roce el lugar donde deberá sangrar, se le hiciera un rasguño imperceptible en la piel. Claro está que, en vez de la inocua mancha rojiza, se produciría una hemorragia incontenible como la de todos los hemofílicos.

Esto es tan obvio que no vale la pena de insistir. Entonces preguntábase: Si por auto-sugestión y, previos ciertos actos más ó menos decorativos, puede producirse en una persona débil una lesión mortal ¿con qué fundamento se ha reído la ciencia de las supersticiones populares y, muy principalmente del *daño* ó *aojo*, por la cual se atribuía á algunos seres un poder nocivo sobre los demás? ¿Acaso por las manipulaciones románticas de la estatuita de cera, tocada en objetos usados por la víctima, y atravesada por un alfiler en el corazón? ¿Y qué otra cosa son los fenómenos de la exteriorización de la sensibilidad, por los cuales Luys y Rochas consiguieron sensibilizar pequeñas estatuas y placas fotográficas, hasta hacerlas adquirir una idéntica función sensorial á la del sujeto con cuyo fluído quedaran vivicadas?

Esto fué, Señora, lo que no le perdonó nunca la Academia al doctor Biercold. La generalización es un pecado de lesa ciencia médica, sobre todo

cuando ella demuestra, por ejemplo, tanta sabiduría en un Pablo Lasca que en un Liegeois.

Ahora bien, el día en que Pablo Beraud hiciera público su compromiso con Irene, quiso la fatalidad que Flora tuviese en sus manos el folleto del doctor Biercold. Mujer de instinto, decidió en seguida la venganza que reclamaba, no tanto su amor propio, como su sangre, su apetito. á los que aquella pálida sentimental robara el hombre por quien desfalleciera hasta la falta. Ya no reflexionó más, una vez encontrada la víctima. Ni por un segundo cruzó en su mente una represalia contra Pablo. Había en este impulso criminal la atracción del ensañamiento deliberado friamente, y la orgullosa alegría de un gesto de destino.

—Por Dios!—dijo mi interlocutora—esa idea es monstruosa, tan monstruosa que yo tendría miedo de fundar en ella la acusación que usted formula...

—Señora, yo nunca la expondría ante los jueces. En seguida verá como Irene murió de «muerte natural». de hemofilia... ¿Que otra cosa pueden ver los médicos? Pero, cuando se piensa que Pablo Beraud está gesticulando en un sanatorio, dan ganas de decir la verdad, Señora, aunque sea monstruosa!

Daban las diez cuando entró Peggie y con un gesto de complicidad anunció á Pablo Beraud. Flora palideció, y ocultando en un cajón del tocador la monografía cuya lectura la sumiera en tan terribles ensueños, dijo á Peggie que esperaba:

—Voy en el acto. Avisanos si llega papá; y no olvides de preparar, para las tres, el tubo nuevo en la araña de la salita. El que utilizamos ayer, al hacerte dormir. Cuando entre la persona que irá conmigo, el cuarto debe estar completamente á oscuras ¿oyes?

—Si señorita.

—Dile que voy en el acto.

Se detuvo frente al espejo, desató el lazo que cerraba su túnica japonesa, y se quedó un minuto contemplándose toda desnuda. De pronto tuvo frío; onduló en su carne blanca, blanca como la leche. un espasmo que la obligó á tensionar sus piernas,

y se envolvió de nuevo, estrechamente, como en una malla.

Cuando entró en la sala contigua detúvose un momento antes de saludar á Pablo. Recién se le ocurrió pensar en lo que iba á decirle. En realidad no tenía sinó un pedido: que no se casara con Irene. que fuese todo, todo para ella; y una sola ansia, la de besarlo muy fuerte en la boca; pero su orgullo la incitó al agravio, que era ella una forma de placer.

—Vienes pálido y ojeroso...

—Es de miedo. Flora. Ya lo dijo Vd...

—No. aquello fué para azotarte en la cara. Tu no eres hombre de miedos; eres casi un Don Juan. Pensaba que hubieses dormido en Engaddi.

—¿Y eso explicaría mi palidez? ¿de qué manera, señorita?—dijo Pablo con una sonrisa siniestra.

—Señor! el viaje, el cansancio ¿qué sé yo?

—Bueno—repuso Pablo con una calma en que cada palabra partía como una flecha—lo que yo sé es que hago mal en no tutearte.

—¿Por qué—preguntó Flora con una vaga esperanza en el alma y una lenta caricia en la piel. ¿Por qué?

—Porque eso me obliga á llamarte, á tí. ¿comprendes?, á tí, Señorita!!

Peggie detuvo en el vestíbulo á Irene para advertir á Flora de su llegada. Esta apareció en el acto con esas estrañas fulguraciones en sus pupilas verdes que no todos podían soportar. Besó largamente á la amiga, y dijo con un ansia imperceptible en la voz:

—Llega Vd. la primera. Mejor, así podremos conversar á solas. Las invitadas vendrán dentro de una hora. Deje aquí su abrigo...

Y, asiéndola por un brazo, la empujó dulcemente hacia la salita donde ya esperaba Peggie junto á la llave del conmutador eléctrico.

—Por Dios! qué obscuridad!

Un perfume intenso, desvanecente, flotaba como un vaho en el recinto. Irene sintió el pecho oprimido. Costábale respirar y un vago mareo la invadía. De pronto, frente mismo de sus ojos, brilló, con intensidad increíble, una luz verde-amarillenta como si fuesen cristales incandescentes de nitrato de uranio. Ese resplandor repentino la cegó en el acto, y el mareo anonadóla en un desmayo muy dulce, como un sueño que vence. Era el pro-

cedimiento físico con que Flora acostumbraba á hipnotizar á Peggie, según enseña la escuela de Charcot. Entre las dos, recostáronla en un diván, y con un gesto Flora despidió á la camarera. Una vez sola, cerró cautelosamente la puerta, y antes de apagar aquella extraña luz sonrióse en un espejo. Luego, en la obscuridad más absoluta, arrodillóse junto á su víctima y le dijo, imperativamente, al oído:

—Irene! La noche de Santa Rosa, cuando se haya acostado, sentirá correr...

Bajó más la voz, y terminó el aciago mandato muy cerca, como si la estuviese besando...

Lo demás Vd. lo sabe, Señora. Aquella noche de Santa Rosa, que Pablo esperara como una meta de felicidad, vino á ofrecerle el cuadro quizá más horroroso que hayan contemplado ojos humanos. En el amplio lecho nupcial, rojo de sangre aún tibia, destacábase Irene, tendida de través, tan blanca, tan blanca é inmóvil, que se la hubiese tomado por una estatua yacente. A la parpadeante luz de la

•

maríposa que ponía medrosos reflejos en esa alca-ba ahora mortuoria. el lecho aparecía enorme y, así, ensangrentado, con los encajes de las sábanas como arabescos de coral. Precipitóse para reanimarla á besos, pero la sintió fría, marmórea. y la sonrisa triste de sus pupilas paralizó la vida en sus venas. Cuando volvió en sí, ya estaba perdido para siempre. Abandonó la pieza gritando como un poseído:

—He sido yo! he sido yo! he sido yo!

Aquella misma mañana recibí un telegrama de Rosina y en el acto parti á Luján. Fué la última vez que volviera á Endgaddi, que con tantos recuerdos dulces y tan terribles pesadillas reviene á mi memoria. Aquel caserón antiguo, residencia de mis vacaciones infantiles, con su huerto familiar circuído de una pérgola sombría. y su jardín olvidado. donde los rosales tenían ramas cárdenas y los caracoles negruzcos lustraban la humedad de los arrayanes!

Preocupado en el relato. no había advertido la extraña palidez de mi Interlocutora.

—Se siente mal?—interrogué ansioso.

—¿Fué por la antigua cicatriz que desangró la pobre Irene?—preguntó sin contestar mis palabras.

—No señora, ningún médico se atrevió á mencionar el sitio de la herida...

Sin decir una palabra abandonó, al oír esto, aquel salón de reliquia—nuestro refugio en las tardes crudas—donde había siempre una romanza olvidada en el historiado facistol y grandes rosas esangües en los floreros antiguos. Jamás volví á verla. Esa tarde cerráronse, también para mi, las puertas de «*Las Glicinas*». Desde entonces vive sola en su quinta solariega, sin otro confidente que un suntuoso cuaderno de cantos dorados, donde escribe una historia resignada y triste que jamás verá la luz. Y de la misma manera que en aquella emocionante ficción de Radiana Glanegg, el Tiempo vela su retiro voluntario con su hoz y su reloj de arena, como en las alegorías.

ÍNDICE

	<u>Página</u>
NOTA.	5
La Interlocutora	7
Un Libro Imposible	13
La Corbata Azul	101
El Pensamiento Oculto	119
Mademoiselle Gavroche.	151
La Mariposa.. . . .	163
El Daño.	173



